

EL BANDIDO DEL SUR.

EPISODIOS 1830 A 1837

POR

F. JULLOA C.

Santiago de Chile.

IMPRESA DE LA «REPUBLICA.»

De Jacinto Nuñez.

— 1874. —

Al escribir la presente relacion de algunos de los hechos de la vida criminal de un jóven bandolero, talvez el mas atrevido jefe de pandilla que haya pisado nuestros campos, nos hemos propuesto un solo i único fin: el patentizar, si no con el colorido de una redaccion amena, con las inspiraciones del hombre honrado, el modo como nace, se acrecenta i cual alcanza a ser la precisa consecuencia del crimen.

En otros términos: nuestro pensamiento al emprender este pequeño trabajo, está cifrado en la significacion moral que se desprende de la siguiente estrofa:

«Arbol que crece torcido
«Nunca su tronco endereza,
«Se arraiga con fortaleza
«El vicio, con que ha crecido.»

Después de esta sucinta explicacion, pasemos a consignar los hechos que constituyen el romance de nuestra relacion.

— 6 —

Antes de entrar en materia, creemos oportuno traer al conocimiento del lector algunos antecedentes biográficos de este ciudadano, ilustre entre los prohombres de la mas gloriosa epopeya de la historia, i cuyos hechos militares quedaron grabados en la mente de los pocos que bien le conocieron.

El señor Badilla, que por la época en que comenzamos este relato, podría contar, a lo mas, unos cuarenta i cinco años de edad, habia sentado plaza de soldado voluntario, al iniciarse la guerra de nuestra emancipacion política, en las intrépidas lecciones que de su cuenta tomaron la conquista del país, que, si era su patria i la nuestra, no veia irradiar sobre sus valles, como al presente, el esplendoroso sol de la santa libertad.

Diez años de continuas escaramuzas i de sangrientos combates, habian colocado al ciudadano Badilla en el alto honor de llevar con justo orgullo el título de sarjento mayor en la falanje libertadora i sostenedor de los derechos

no obstante, si nos guiamos por su denominacion, no dudamos que el fundo en cuestion sea el mismo que en el día pertenece a la sucesion del malogrado señor don Luis Cousino, i cuyo nombre de hoy bien puede ser una síncopa del antiguo.

I.

Formando una parte nimia del inmenso pedestal de los Andes, en uno de las riberas del correntoso Maipo, estendiase una vasta porcion de terreno que por el año 1830 era conocida con el nombre de *Alturas de Macuél*, denominacion derivada talvez de alguna palabra india; pues es sabido que cien años antes, los primitivos pobladores de Chile se enseñoreaban aun como lejitimos dueños de esa parte de la república.

Por el año citado, los terrenos de Macuél, cerrados en toda su estension i abundantes de agua, formaban un hermoso fundo que recientemente habia adquirido un veterano de la independencia, a quien llamaremos don Pedro Badilla (1).

(1) Se nos figura no ser tan exactos los datos que se nos han suministrado acerca de este fundo;

— 7 —

del pueblo chileno, que apenas nacia al mundo de la civilizacion.

La batalla librada en el llano de Maipo, entre los ejércitos chileno-argentino i godo, en la que este último sufrió la mas terrible, cuanto ignominiosa derrota que hayan jamas presenciado los campos de la América meridional, fué el jérmon de la paz que incólume han guardado los años.

Restablecido sino fundado el orden público en Chile por aquella memorable accion, don Pedro, como todos sus hermanos de libertad, pensó en procurarse la tranquilidad i bienestar a que su edad i los servicios prestados al país le hacian acreedor. Poseedor de una pingüe herencia, habia contraido matrimonio, aun siendo militar de escasa graduacion en el ejército, con una señorita, hermosa i jóven, la cual debia morir bajo la misma luz en que los clérigos, independientes de la dominacion española, entusiastas esclamaron ante el mundo: *somos libres!*

Grande, mai grande fué el sentimiento que imprimió en el corazon del señor Badilla el prematuro fallecimiento de su idolatrada esposa; pero vino a endulzarlo un tanto el mas que paternal afecto que profesaba a sus dos hijos, que, como un tristísimo recuerdo de su

pasada felicidad, le legara aquélla al descender a la tumba.

Don Pedro tenía una hermana, única compañera con quien dividió los azares de la niñez; ella también acababa de morir dejando una huérfana de doce años, bella i candorosa como los ángeles; María, este era el nombre de la sobrina de don Pedro, llegó en breve a ser la hermana cariñosa de sus primos Diego i Enrique.

Esta era la familia por quien el valiente soldado de la independencia, poseído de un amor sin término, pensó formarse una fortuna que le sirviera después de sus días.

Hé ahí lo que era el moderno propietario de la hacienda de Macueil.

II.

Apénas la primera alborada de la patria anunció a las naciones soberanas, que era ya terminada la encarnizada guerra entre el emprendedor vasallo que buscaba la libertad i el déspota señor que hacia pesar sobre la esclavitud i opresion, don Pedro Badilla, dejando la casaca galoneada por el burdo chamanto, se fué a instalar en su fundo, dedicándose esclusivamente al cuidado i enseñanza de sus hijos i al con-

tinuo cuanto penoso cultivo de sus extensas propiedades.

La familia Badilla, distinguida por las bellas acciones de su jefe, i, mas que todo, por las relevantes virtudes que adornaban a Enrique i María, era mirada con profunda deferencia i gozaba como ninguna otra de las del lugar de los benéficos resultados de esa misma estima, pues donde quiera que se presentaba, allí encontraba plausibles i patentes muestras del gran aprecio que la tenían.

Diego, el primojénito de don Pedro, nunca tomaba parte en los paseos i escursiones de la familia; sus divertimientos consistian en la caza de los animales salvajes que a menudo se dejaban ver en los bosques de la hacienda i en las libaciones de la taberna.

Por su parte, Enrique i María, habiendo crecido juntos, juntos también aprendieron de su padre los sagrados deberes que, observados con arreglo a una estricta conciencia, hacen de los actos de la vida humana el santuario de la existencia.

Enrique i María, al amarse como hermanos, habían sembrado la simiente que debía producir como unico fruto, una vez recorrido el sendero de la infancia i entrado en el de la pubertad,

un amor puro, entusasta, sublime! Pues ellos se hallaban ya ligados en sus corazonces, no por el afecto que diariamente les predicaba su padre i maestro, sino por un lazo mas poderoso: por esa atraccion intransijible que el mundo denomina *pasion* i que, constituida en su significacion máxima, se identifica con los jenerosos sentimientos, que en jeneral, por decirlo así, caracterizan al individuo, cuya cuna ha sido la verdad i cuya escuela la justicia.

No obstante el empeño que los noveles amantes desplegaban para ocultar su pasion, don Pedro, centinela avanzado de sus hijos, la comprendió desde su origen. Empero, como conociera la aureola de inocencia que envolvía aquel cariño, no pensó, ni creyó de su incumbencia el impedirlo.

Sin embargo, desde el dia en que la experiencia de su númen le dió a conocer el grado de importancia que habia cobrado en sus hijos el afecto que hasta entónces los unia, puso en juego toda su vijilancia i celo para cuidar que ese afecto, nacido de la inocencia, tuviese por base la virtud i solo buscara el norte de la felicidad.

En el entretanto, ¿qué hacia Diego mientras sus hermanos se amaban?

El, que nunca habia fijado sus ojos

en el angelical rostro de su prima, desde el momento en que conoció el cariño que libremente la profesaba su hermano, sintió que en su mente se desarrollaba una violenta pasion: la de la envidia.

III.

Diego era un jóven de veinte años, su fisonomía agradable, su educacion ruda, no habiendo aprovechado de las lecciones de su padre, único maestro que tuviera, no le permitia tener otras inclinaciones que las que hemos anteriormente indicado.

Fuerte por naturaleza i mas fuerte por resolucion, este jóven habia llegado a ser el terror de los pacíficos pobladores del lugar, i, segun los apuntes que nos han servido para confeccionar la presente relacion, habiale bastado para ser temido de los habitantes de Macueil i sus contornos, el repartir aquí un centenar de bofetones, allí una tunda de palos o latigazos, i de vez en cuando una que otra cuchillada.

Don Pedro habia reconvenido con dureza a su hijo por su pésima conducta, hasta azotarlo en diversas ocasiones, pero el resultado obtenido por esta medida estrema, era la aversion que Diego le cobrara.

Así, pues, a medida que el tiempo corría, el padre, deplorando el proceder del hijo, al fin se acostumbró a oír impasible las innumerables quejas que en contra suya recibía diariamente de sus vecinos.

Pero el joven Badilla se hallaba lejos del camino de la enmienda. Verdad era que había relegado al olvido sus diversiones favoritas; pero cierto era también que su pensamiento se había concretado hacia un solo objeto, el encontrar el medio de satisfacer sus bastardas aspiraciones, es decir, de apoderarse de María i robarla así al afecto entrañable de su hermano i al cariño i estricta vigilancia de su padre.

IV.

Del mismo modo que se había impuesto del amor que unía las voluntades de Enrique i María, así don Pedro supo apreciar la mudanza operada en la conducta de su hijo Diego. Con todo, su amor paternal le impidió por largo tiempo conocer la verdadera causa que motivara la peor vida que éste parecía observar.

Sin embargo, el señor Badilla, consecuente con los deberes que como jefe de la familia le correspondían, se dis-

puso a vigilar los actos de sus hijos. Inter tanto los amantes se entregaban a toda clase de inocentes aunque amorosos pasatiempos, i el joven Diego a la premeditación del medio clandestino que le proporcionara la solución del infame proyecto que ocupaba su cerebro.

Por fin, cierto día en la hora de comida, nuestro presunto criminal se excedió en el beber como tenía por costumbre, i por las provocativas miradas i luego por la rencilla suscitada a su hermano, don Pedro se posesionó sin lugar a dudas, del móvil que inducía a uno de sus hijos a odiar de muerte al otro, i desde ese momento se constituyó en el más constante i activo protector de Enrique i María, puesto que ellos eran los únicos acreedores a su cariño.

Enrique advirtió a su prima la vigilancia que sobre ellos parecía ejercer su padre, vigilancia de mal agüero para los amantes, pues creían que aquello era el principio de la desaprobación de su amor, de esta pasión que era su vida. Mas los infortunados no sabían que su padre era su ángel tutelar.

Con tal motivo surgió entre ambos jóvenes la idea de ocultar su cariño en cuanto las circunstancias lo permitie-

ran, i sobre todo esquivar en lo posible la presencia de don Pedro, a quien comenzaban a temer i considerar como un terrible mentor. Para el buen efecto de su pensamiento, se propusieron reunirse con ménos frecuencia.

No pasó desapercibido para don Pedro este nuevo cambio, i tuvo por ello un triple sentimiento, porque su corazón le recordó a los seres de su preferencia, a Diego, a él mismo.

Como consecuencia de su propósito, ambos amantes eligieron de consuno por punto de reunión la orilla de un arroyuelo que corría a inmediaciones de las casas, en donde dormitaban majestuosos cuatro gigantes saúces, i por hora de rennirse, la de la siesta, espacio de tiempo que su padre destinaba al reposo.

V.

En tal estado las cosas, llegó el día cumple-años de Diego.

Los guasos tenían celebradas unas carreras para conmemorar, según su modo i tradicional costumbre, el natalicio de su amito el *guapo*, calificativo que empleaban para distinguirlo de su hermano, i que más por temor que por deferencia, agazajaban i cumplimentaban.

Diego contaba con la asistencia de su padre, i demás familia a las fiestas que en su honor se habían preparado con todo el entusiasmo campestre propio únicamente de los lugareños de aquel tiempo.

Por su parte, don Pedro, había prometido a su hijo concurrir a las carreras; pero una grave indisposición de María impidió que esa promesa pudiera verificarse.

Porque, he aquí lo sucedido:

— Enrique, amigo mío, observaba María a su tierno amante, ¿por qué no va Ud. a las carreras?..... vaya a divertirse a gogo por los dos; no sea que nuestro padre tome en consideración mi malestar i falte al compromiso de Diego.....

— O no me comprendes o has formado de mí un concepto bien distinto del que debiera merecerte, respondió tristemente Enrique, i aproximándose al lecho en que su prima se hallaba recostada, se apoderó de una de sus manos i la allegó a sus labios murmurando: no, nunca, mientras tú permanezcas enferma, me separaré un instante de tu lado.

Pero mientras el joven jugueteaba con la cándida mano de su amada i la aseguraba la veracidad del inmenso

amor que la guardaba en su corazón, asertó a pasar por la puerta de la habitación en que se encontraban su hermano Diego, el cual sorprendiendo su posición, se detuvo un instante, i en seguida dando un fuerte ruidó de furor, se encaminó precipitadamente a la morada de su padre.

—¿Qué hai de nuevo, amigo mio? le preguntó don Pedro así que se halló en su presencia.

—Vengo a recordar a Ud., señor, la promesa que me tiene hecha de acompañarme a las fiestas que hoy tendrán lugar en el fundo vecino.

—Imposible es, pues, querido hijo, mi asistencia a las carreras, dijo afectuosamente don Pedro; María está enferma, i ¿cómo dejarla sola? Vaya Ud. hijo mio, ya que nosotros no podemos hacerlo.

Al oír una respuesta que no esperaba, Diego, sin recordar la presencia de su padre, se deshizo en imprecaciones i denuestos contra su familia, hasta mezclar en sus palabras el honor de María, puro como la pureza misma.

Don Pedro, prudente hasta la hipérbole, se entró en su aposento i abandonó el hijo insolente a que continuara dando rienda a sus atrevimientos.

Cansado de blasfemar aquel ser des-

tro hermano Diego, estas soledades serian para nosotros uno de los tantos paraísos que mi padre nos presenta en sus relaciones; seríamos quizás demasiado felices. A propósito de él, ¿no sabe Ud., que anoche ha vuelto a importunarme con sus locas amonestaciones?

—Cállate por Dios, María; no me digas nada; esto resuelto a no pensar mas en el odio a que entrámbos ha dado vida mi hermano. Porque, creo que acabaré por volverle ultraje por ultraje, agravio por agravio.....

—Enrique! Enrique! acuérdesese Ud. que es nuestro hermano.

—Ah! es verdad que debo perdonarle su mal proceder, balbuceó el jóven.

“En fin, en fin, volvámonos,” se dijeron mutuamente, i asiéndose de las manos, ya se disponian a marcharse e intentaban abandonar los troncos que les sirvieran de cómodos sitios durante su permanencia en aquel lugar, cuando se dejaron sentir fuertes pisadas por la avenida del interior de la hacienda.

—Quién será el importuno?

Esta pregunta se la hicieron ámbos jóvenes, i sin articular una sola frase, i como una medida preventiva en tan crítica situación, se estuvieron quedos aguardando el momento mas oportuno

naturalizado i notando la ausencia del autor de sus dias, tomó el camino de las carreras, no dignándose siquiera invitar a su hermano Enrique, que a la sazón se encontraba al lado de su prima.

VI.

Habituados el hijo menor i sobrina de don Pedro Badilla a reunirse en el bosque de los sauces, fueron tan puntuales aquel dia como los precedentes, no habiendo sido un inconveniente la enfermedad de la una i los quehaceres del otro; i fuera del tiempo que tenían señalado para gozar al aire libre de los castos afectos de su inocente pasión, la oscuridad proveniente de la puesta del sol en el ocaso, vino a advertirles que era pasada la hora de volver al regazo paternal.

—Dios mio! querido Enrique, exclamó María llena de sobresalto, como nos hemos olvidado de la cena, i de que nuestro padre debe de estar aguardándonos!

—¡Ohre padre! murmuró Enrique; qué bueno es, i cuánto nos obliga a amarle.....

—Por mi parte, interrumpió María, confieso que, sin la compañía de nues-

para librarse de una sorpresa. Un instante despues las pisadas eran mas cerca i el ramaje mismo de los sauces se abrió para dar libre acceso a un jinete que, echando pié a tierra como le permitieron sus rendidas fuerzas, pues llegaba ébrio, se dirigió hácia Enrique, el cual, creyendo fuera su padre, no respiraba por la emoción.

—Infames! os he sorprendido, dijo el recién llegado, que no era otro que Diego Badilla.

—¿Qué dice Ud., hermano? preguntó Enrique de un modo incoherente.

—Miserable! prorrumpió aquel, ¿hasta cuándo abusas? No sabes que amo a mi prima?

—A mí! interrumpió María perdiendo el color que la súbita aparición de su primo había hecho subir a sus mejillas.

—Sí, a ti, i este miserable.....

—¿Qué dice Ud., hermano? repuso nuevamente Enrique. I, como el de su amada, su rostro se tiñó de una palidez mortal.

—No me llares tu hermano, perro infame, gritó Diego ciego de furor, reclinando fuertemente los dientes. I limpiándose el sudor que en abundancia brotaba de su cara, alzóse la gruesa manta que le cubria la mitad del cuerpo.

En seguida, desenvainando un reluciente puñal, se acercó dos pasos a Enrique, que lívido de terror, no comprendiendo lo que sucedía, estaba como petrificado.

María habia perdido los sentidos, pero así como su amante vió reflejar a la opaca luz que principiaban a difundir las estrellas, el acero homicida de Diego, que por entre las ramas que se desprendían del abundante copo de los sauces, parecía caer de uno a otro momento sobre la cabeza del inocente Enrique.

—Miserable! miserable! decía aquel desalmado; tu me has robado el cariño de mi padre, te has colocado entre mi prima i mi amor, i ahora con infamia pretendes burlarte de mis sufrimientos. Nó, no, vas a morir como mueren los cobardes.

I sin concluir la última sílaba de sus insultos, arremetió contra su hermano, quien, no comprendiendo la existencia de un hecho de tan feroz naturaleza en una persona por cuyas venas corría la misma sangre que a él le daba vida, no dispuso del tiempo necesario para repeler el ataque, i recibió traidoramente tan tremenda cuchillada, que bastó para separar del tronco su hermosa cabeza.

Así terminó la existencia del joven Enrique Badilla, ántes de cojer las flores o los abrojos de la edad viril.

María nada vió ni sintió; se habia desmayado.

Por su parte Diego, simulando a un atacado de *delirium tremens*, ruiendo como la fiera del desierto cuando se la sorprende con su presa, daba uno en pos del otro golpes i puñaladas sobre el inanimado cuerpo de su víctima.

Por fin, creyendo consumada su tarea, se puso de pié i lanzando a su rededor una mirada de esterminio, solo vió a María que parecía estar sin vida. Fijó por última vez sus fosforescentes pupilas en el yerto cadáver de su hermano i tomando a su prima con una fuerza poderosa, la colocó sobre su caballo, luego montando sobre la tosca montura, bujó por entre la espesura del bosque.

El insensato Diego forzaba la solución de sus infames proyectos.

VII.

Sepamos ahora como se habia conducido aquel desgraciado para llegar a perpetrar, si no su premeditado, su tan alevoso crimen.

Loco por efecto de la ira que le

causara la inasistencia de su padre a las carreras que se verificaban para solemnizar el día de su cumpleaños, al dirigirse solo a las fiestas, su única aspiración era el hallar el medio de vengarse de lo que él creía una ofensa de su familia.

Su corazón empedernido dió acogida a algo de terrible, en aquellas circunstancias, porque sus facciones experimentaron una violenta contracción, que al fin se resolvió en un cobarde asesinato.

Las carreras tuvieron lugar ante una numerosa concurrencia, de apuestos guasos, que frenéticos por la embriaguez, gritaban i vitoreaban a su patron Diego.

Pero éste no parecia tomar parte en las diversiones del día. Taciturno recorría de un extremo a otro la longitud de la cancha, saboreando anticipadamente quizás el crimen que una hora mas tarde debia miserablemente llevar a efecto.

En medio del entusiasmo i contento de aquellas buenas jentes, Diego desapareció sin que persona alguna lo notase; i tomando un camino distinto del que conducía a las casas de la hacienda de su padre, absorbía de vez en cuando el aguardiente que contenía una

botella de que se habia provisto i que arrojó al suelo un poco ántes de llegar a donde la fatalidad le condujo para que cometiese el fratricidio que ya conoce el lector.

Réstanos decir que Diego, apénas en posesión de María, reflexionando sobre las consecuencias de su inaudito crimen, emprendió por sendas estraviadas, pero bastante conocidas de él, la huida hácia sur de la república.

VIII.

Mientras el asesino Diego acortaba el camino con la velocidad de su caballo, cosas bien tristes tenían lugar en Macuil.

Don Pedro se hallaba sentado a la mesa; la cena vagueaba sobre ella, i sus hijos aun no llegaban.

Los criados salían i volvían unos después de los otros, sucesivamente, sin traer noticias suyas.

Eran las siete i media, hora muy avanzada para cenar, segun la costumbre observada por don Pedro.

Aquella tardanza, iba por grados impacientando a este buen padre.

El tiempo corría i su imaginación se agitaba en igual proporción por encontrar la causa que motivara aquel extraño proceder de sus hijos.

No tenía celos, pues no concebía que pudiera existir ningún mal pensamiento en aquellos dos ángeles.

Por último, el señor Badilla concluyó por impacientarse, i ya cansado de esperar, una especie de sobresalto se apoderó de su corazón, porque tal vez pensó en su hijo Diego.

Entonces salió apresuradamente a buscarlos; pero no logrando encontrar el menor indicio que pudiera guiarlo al lugar en que ellos debían estar, su sangre comenzó por grados a encenderse.

Mil pensamientos cruzaban en aquel momento por su exaltado cerebro.

¿Quién sabe si algo les había sucedido?

Esta pregunta se hacía a sí mismo don Pedro i mui a menudo la dirigía a los criados que le seguían.

En medio de tantas vicisitudes, uno de éstos que conocía la frecuencia con que los jóvenes visitaban la sombra de los sauces, puso el hecho en conocimiento de su patron, el cual sin hacer comentarios sobre aquella noticia, dirigió sus pasos hacia el bosque, seguido siempre de sus servidores.

Provisto de algunas laces pudo penetrar por entre el ramaje de los sauces, que con justísima razón los campesinos apellidan *tristes*.

cual fuere el temple del corazón del individuo que la presencia i sea cual fuere la enseñanza del entendimiento del mismo individuo, lo enternecen i lo anonadan.

Aquellos humildes servidores que por efecto de la sorpresa que los dominaba no manifestaban con lágrimas el acerbo dolor de que también estaban poseídos, sentían tal vez, ménos que el padre a quien acompañaban, pero sentían a su modo la pérdida irreparable del amable jóven, cuyas simpatías tenían un lugar preferente en su cariño.

Don Pedro había perido la razón; su corazón se había cerrado con el amor; sus sentidos habían abandonado a su ser: no pensaba, solo ejecutaba.

Todo era sollozos, suspiros, ayes, i ávidas miradas que acababan por envolverse en un copiosísimo llanto. Triste espectáculo, capaz de conmover a las mismas rocas, si acaso éstas tuvieran vida real.

Pasados algunos momentos de aquella enternecedora escena, don Pedro, hombre fuerte, llegó a reponerse de tan angustiado dolor.

Se enjugó las lágrimas que aun destilaban sus ojos i lanzando al firmamento una vaga mirada, en que parecía envolverle envuelto su desconsuelo, cayó de

Pero, ¿cuál no sería la emoción que experimentarí aquel bondadoso padre, cuando en lugar de sus dos hijos mui amados, se presenta a su vista el terrible cuadro que ofrecía el cuerpo ensangrentado de Enrique tendido a dos varas de la cabeza, en cuyas facciones se veían aun retratadas la magnanimidad i la dulzura?

Recobrado un tanto de la primera impresión, de tan suprema angustia, el infortunado don Pedro Badilla se abalanzó sobre el cadáver de su hijo, dando fuertes i lastimeros ayes. Lo abraza, le besa i le estrecha contra su cuerpo, formando de este modo uno solo. Al mismo tiempo un raudal de cristalinas lágrimas se desprende de sus ojos i va a inundar el semblante del mancebo que, un momento ántes, cuando estaba lleno de vida, era la imagen pura del ser que lo reprodujo.

Los peones i criados que allí se hallaban, contemplaban estáticos el dolorido cuadro que presenciaban.

Hay escenas en la vida que por mas significativas que ellas sean, pasan siempre desapercibidas para los desheredados de la fortuna, cuyos espíritus ni tan siquiera han recibido la escasa luz de una mera educacion; pero hay otras que como la que presentamos, esa

rodillas como arrobado por un éxtasis supremo. En aquellos instantes solemnes su corazón pensó en Dios, i Dios, esencia de toda justicia, debió escuchar benigno su muda plegaria; pues aquella su criatura, mártir por un inusitado sentir, cobrando nuevos alientos, se puso de pié con lijereza i exclamó del fondo de su contristado pecho: "¡Cain! Cain!... yo te maldigo!"

II.

EL BANDIDO DEL SUR.

I.

¿Quién de los pobladores de Chile en el año 1830 no recuerda con profundo horror los excesos del bandalaje en el sur de la república?

Los habitantes de las provincias comprendidas entre Maipo i Maule, mejor que ningunos otros, pueden haber sido testigos de las consecuencias del bandolerismo, que en su osadía llegaba hasta hacer teatro de sus fechorías las poblaciones mismas.

Las ciudades no aseguraban la vida de sus moradores.

Los viajeros, que por negocios u otras circunstancias se hallaban obligados a recorrer los caminos, no tenían confianza en la felicidad de sus viajes si un buen número de milicianos no componía su caravana.

Las peticiones de las provincias al gobierno i los muchos escarmientos

Era una noche serena, pues los astros reflejaban luminosos en la inmensa cavidad del firmamento.

Los campos yacían en un sepulcral silencio, que solo era turbado por la suave brisa, que soplando los copos de los frondosos árboles formaba con sus hojas un imponente murmullo.

Nos hallamos en el punto denominado Angostura de Santiago.

Profundas tinieblas envolvían los montuosos cerros que se estienden paralelos al camino e impedían divisar hacia sus avenidas.

El guía de la noche, o sea la mas luciente estrella, principiaba a perder su brillantez i los destellos precursores de un hermoso día comenzaban a esparcir su resplandor por la cumbre de los Andes.

De improviso aquel monótono silencio es turbado por un ruido misterioso que se deja sentir hacia el norte, es decir por la avenida de la capital.

Este ruido extraño en aquellos sitios en una hora tan intempestiva para los caminantes que en algo apreciaban sus vidas, gradualmente se fué haciendo mas perceptible, hasta que pudo distin-

que éste hizo con horcas i fusilamientos de criminales, no produjeron otros resultados que el acrecentamiento de los salteos i asesinatos. Las partidas de malhechores cruzaban los campos en todas direcciones, pero siguiendo siempre el derrotero de la morada de algun incauto ricachón, señalado de antemano como una víctima de su barbarie, para despojarlo de sus intereses i de su vida si era necesario. Sucediendo muchas que aquellas bandas de infames forajidos se cebaban unas en otras cuando no se les presentaba otra presa que devorar. Las autoridades departamentales las perseguían en cuanto les permitían sus escasos recursos de fuerza armada; mas el provecho que de estas escursiones se sacaba era el que los crímenes se hicieran mas frecuentes, porque por este medio se protegía al rico hacendado, i al pobre e infeliz campesino se le abandonaba a su desgraciada suerte, i por consiguiente, era la única víctima del bandido.

Tal era el estado de inquietud i sobresalto, en que, a título de una revolución política, las pálidas hazañas de un centenar de desalmados facinerosos tenían sumidos a los pueblos del sur en la época que dejamos citada.

guirse un hombre, jinete en un brioso caballo, que como un rayo avanzaba la longitud del camino. Al auxilio de la tenue luz del nuevo día, pudo verse que aquel hombre era joven i que llevaba asida fuertemente sobre el arzon delantero a una mujer, igualmente joven, i al parecer desmayada; un cuchillo se le veía tambien brillar en la mano con que sostenía las bridas.

Apénas el jinete hubo dejado en pos de sí unas cuantas cuadras el trayecto de la Angostura, torció riendas al gallardo animal i no cesando de aguijonearlo tomó por entre el bosque, hasta que el infeliz bruto, rendido por el cansancio, rodó por entre el espeso follaje, arrastrando en tan rápida caída a los dos seres que en su lomo conducía.

Un momento despues de este accidente el hombre se levanta i tomando a la mujer, que aun era presa del desmayo, la coloca a alguna distancia del sitio de la caída. En seguida se dirige en auxilio de su caballo, pero el animal habia muerto. Cerciorado de que el bruto no existía, aquel solícito joven vuelve al lugar en que estaba la mujer, la alza impetuosamente sobre sus rodillas, pero ella no da señales de querer vivir.

Trata de reanimarla, pero en vano.

Tiende la vista por entre el monte, busca agua; pero sus ojos no divisan el líquido salvador. Entonces le sopla el pálido semblante, i esta vez, la jóven que asemejaba a un cuerpo muerto, dió un fuerte i prolongado suspiro. Esta manifestacion de la fuerza vital hizo levantar al hombre su cabeza, i a su vez, un suspiro entrecortado sintió escapársele de su pecho.

El sol comenzaba ya a tender sus rayos por esta parte de la tierra i un panorama deliciosísimo, una aureola diamantina se dibujaba en la redondez de aquel diminuto circuito.

En aquel instante un reflejo se deslizó rápido por el rostro de la infeliz mujer, i el calor proveniente de aquella irradiación, la arrancó un nuevo suspiro que fué a repercutir entre las peñas de los montes vecinos. En seguida abrió los ojos i tornó a cerrarlos súbitamente, experimentando al hacerlo una demostración de horror.

El hombre que ha visto aquel movimiento, aquellas dos pupilas que, cual otros tantos celajes, vertiginosas pasaron sobre su ser, acto continuo se allega i la estrecha contra su pecho; i, al intentar depositar un ósculo sobre sus labios, los halló fríos: la jóven habia

—¿Quiénes sois vosotros? les preguntó inmutado por la sorpresa.

—Signo, signo, que vas bien, respondióle con ironía uno de aquellos hombres.

—Me habeis visto? pues sois unos cobardes.

I dichas estas palabras, Diego esgrimiendo su puñal se dirigió hacia ellos.

Pero ni uno solo de los aparecidos abandonó su puesto; una risa sarcástica se expresó en sus labios. El que mas inmediato estaba del joven, levantando un estrecho de su poncho, presentó dos bonitas pistolas al mismo tiempo que decia:

—Si das un paso mas te irás a juntar con tus abuelos.

Diego, aunque valiente i decidido, nunca se habia encontrado frente al cañon de una pistola, así ocultando su mal reprimida cólera para descargarla sobre aquellos importunos en mejores circunstancias, con hipócrita acento les dijo:

—Pero decidme ¿quiénes sois? me habeis visto?

—Mui buenos camaradas vuestros; por lo demás no tengas el menor cuidado, balbuceó el de las pistolas.

—Decidme al ménos, con quiénes hablo; no me lo negueis.

muerto i su muerte era inmediata consecuencia del pánico.

Aquel hombre, todavia impúber, era un loco o un malvado?

Conociendo que era solo un cadáver lo que sostenian sus brazos, lo arrojó lejos de sí; pero, dominado por un arranque de voluptuosidad, se abalanzó sobre él i se dispuso a profanar el inanimado cuerpo de la mujer que, cuando respiraba vida, le hubiera sido torzoso respetar.... porque aquella mujer muerta era María, i él, Diego, su primo hermano.

Empero, consecuente con sus bastardos deseos, el desnaturalizado hijo del valiente i honrado don Pedro Badilla, quiso coronar su abominable intento, i lo hubiera realizado al no interrumpirlo en tan insensata tarea algunas pisadas, que moviendo las secas hojas que el vendabal habia desprendido de los árboles, ocasionaban un rumoreillo que en aquellas circunstancias era para él como un rayo caído a sus pies.

Alzóse con presteza i sintió que sus piernas flaqueaban, talvez porque sus ojos habian visto un grupo de hombres atados de cara que estóicos observaban sus movimientos.

—Despues que tú nos hayas dicho quién eres, sabrás tambien quiénes somos.

—Pues bien, dijo Diego, arrojando su cuchillo; yo soi un miserable; he muerto traidoramente a un hermano inocente, i ahora.... ahora la prenda mas estimada de él i de mi buen padre, muerta tambien por mi causa, sin vuestra repentina presencia, habria sido profanada en su cadáver. ¿Véisla ahí?... Esto es lo que soi i quien soi. Ahora os diré que tengo por nombre Diego i que nada quiero ni espero; no haya misericordia conmigo que he sido un... un infame!...

I el infeliz jóven, al hacer reminiscencia de lo que fué i como se lo presentaba lo que era, perdiendo todo razonamiento, principió a arrancarse el cabello en gruesos cadejos. En seguida i como inspirado por un infernal pensamiento, se precipitó a cojer su puñal, i se hubiera atravesado con él si una mano de fierro al contenerlo en su arrebató, no lo volviera al uso de sus facultades.

—Dejadme, dejadme morir! esclamaba; ¿no veis que he hecho tanto mal?

—Sosiego, sosiego, camarada, para todo hai remedio. Nosotros comprendemos que es una gran verdad cuanto

tú acabas de referirnos, pues conocimos lo que debías ser desde el primer momento en que te vimos. Sin embargo, prosiguió el hombre de las pistolas, quien era, ni mas ni ménos, el jefe de una gavilla de salteadores, no tengas cuidado; da gracias a Dios de haber topado con hombres de tu mismo temple. No quiero que sepas mas por ahora, pero si se te ocurre ser de los nuestros síguenos, porque no tenemos tiempo que perder. ¿Si nó, mira hacia el área de la capital, ¿no ves aquella polvareda? Es una patrulla que recorre los caminos. Decidete pronto, ¿quieres venir con nosotros?

Diego, despues de restregarse los ojos como si volviera de una terrible pesadilla, los fijó en direccion del punto que le habia indicado su interlocutor. En seguida dió una última mirada al cuerpo de su prima: la amarillenta palidez de la muerte se habia estendido por las delicadas facciones de ésta. Entonces un jesto de terror acompañó a sus labios que de un modo incoherente exclamaron:

—Huyamos! huyamos! soi de los vuestros.

—Huyamos! huyamos! repitieron los bandidos.

—Pero ¿i estos despojos? preguntó

Diego señalando el cadáver de María i la montura de su compañero de infortunio.

—La montura puede servirnos, contestó el jefe, pero la infeliz ¿para qué? Que los buitres o sicarios del gobierno, que es lo mismo, den cuenta de sus restos.

Cinco minutos despues aquellos hombres habian quitado la montura del caballo, despojado de sus vestidos el cadáver de María i se internaban presurosos en el bosque, llevando en su compañía un aprendiz de bandido, que bien pronto debia sobrepujarles en el crimen i asesinato.

III.

Como a unas quince cuerdas del sitio en que fué abandonado el cadáver de su prima, Diego que seguia por el monte, creyó próximo el término de tan áspera caminata.

Una nueva figura humana se presentó a su vista; era ésta la de un hombre de cincuenta años, calculados, una espesa barba le caía hasta el pecho i dos carbunclos, mas bien que ojos, que parecian salirse de las órbitas, adornaban su imponente rostro; el aspecto i presencia de este ser desconocido, lo

presentaban desde la primera vista como verdadero tipo del bandido. Este hombre se apoyaba en un descomunal baston, que mas a propósito para bélico instrumento que para un objeto de descapso, principió a esgrimirle al mismo instante que con una voz ronca, pero clara, decia:

—¡Hola! capitan, buena presa tenemos, ¿h?

—No tan mala, respondió el que ya conocemos por jefe o capitan de la partida.

—De todos modos, adelante!

Diego dirijió una mirada de interrogacion al jefe, como preguntándole, cuál era el significado de aquel extraño simulacro de combate. El capitan comprendiendo aquella muda pregunta, contestó con otra significativa que queria decir: “no haya miedo camarada Diego, es de los nuestros.”

A medida que avanzaban por aquel monte, mayor número de hombres se iba presentando sucesivamente.

Todavía tuvieron que andar por aquella tortuosa senda hasta avistar un grupo de elevados robles que descollaba en un recodo formado por una eminencia del terreno.

—¡He aquí nuestra morada i la vuest-

tra, por lo pronto, dijo a Diego el capitan alargándole una mano.

—Mil gracias contestó melancólicamente aquel, a tiempo que penetraban en lo mas espeso del bosque.

Un momento despues se hallaban en una especie de campamento.

Unos cincuenta o mas individuos estaban allí tendidos, al parecer descansando de las fatigas consiguientes a un penoso viaje, i otros tantos caballos pastaban a muy corta distancia de ellos.

A la llegada del capitan, todos aquellos hombres se pusieron de pié, como si esperasen órdenes.

El jefe comprendiendo su pensamiento atrajo a sí a Diego i afectuosamente les dijo.

—Por ahora, camaradas, no tenemos novedad. Este caballero que nos acompaña es una adquisicion que he hecho, es un amigo que solo se nos separará con la muerte, ¿no es esa la verdad, jóven Diego?

—Cierto, muy cierto, respondió el interpelado, quienes quiera que vosotros seais, tendreis en mí un hermano, porque mis hechos serán de tal.

—Entonces, bienvenido! bienvenido! exclamaron todos aquellos facinerosos, que componian la partida mas numerosa de salteadores que despues de los

Pincheiras i Benavides hubiera talado los campos de Chile; i cuyo capitan era el terrible *Maucha Neira*.

—Repito que por ahora no tenemos novedad en estas soledades, dijo este, i así levataremos el campamento. I ya es tiempo, porque circunstancias imprevistas nos obligan a emprender la retirada.

Con que, a ensillar i que no falte un buen caballo que aproveche la montura del recluta.

A esta orden del capitan, se siguió un confuso movimiento en sus subalternos, que ensillaban sus caballos con la diligente presteza que les permitia la mucha práctica en el oficio.

Diego se quedó cerca del jefe, admirando la destreza con que cada cual ejecutaba la orden de su superior.

Un cuarto de hora mas tarde, montaba un activo alazan i recechaba en medio de aquella partida, que seguia silenciosa i en el mayor orden i compostura, los cerros que nos separan de la república vecina, talvez para dejarse caer sobre alguno de los pueblos inmediatos.

IV.

Por mucho tiempo despues de los sucesos que dejamos anotados en el pá-

de forajidos, queremos imponer al lector de un hecho, talvez de mínima cuantía, parangonado con otros de los de este personaje, el cual por sí solo manifiesta lo que era la gavilla de saltadores a que nos referimos, denominada *Partida del Alba*, i cuyo primer jefe, fusilado en Talca por el ilustre jeneral don Ramon Freire, por el atroz asesinato de la señora Cienfuegos, mostró cuanto debían esperar los ricachones del campo de la sanguinaria asociacion que él habia formado.

Con la sola relacion del crimen perpetrado, en la señora Cienfuegos comprenderá el lector todo lo que era i todo lo que podia ser la tan renombrada *Partida del Alba*.

Es por esta razon que pasamos a consignar el hecho tal como nos lo ha sido referido.

En la ciudad de Talca i por el año de 1823, encontrábase la señora Cienfuegos, ya anciana, dos jóvenes sobrinas suyas, dos esclavas i un sirviente hombre, en el interior de su casa, gozando del fresco de una bella noche de luna.

—De pronto, una puerta se abre i cuatro hombres se presentan ante las personas que hemos indicado. Un ¡ai!

rrafo precedente, solo se habló en las villas i aldeas del sur, de una hermosa niña encontrada muerta en la Angostura de Santiago. De las distintas versiones que se hacian de este encuentro, resultaba que, aunque no se le habia conocido señal de ser herida, el lugar i desnudez en que estaba, mostraban claro ser su muerte obra de los bandidos. Empero, jamas se supo el apellido de familia de la infeliz.

Decíase tambien, i de ello se hacia mil comentarios, que habia aparecido un nuevo bandolero, del cual las autoridades no tenian ninguna idea, pues nadie le habia visto. Este saltador era ya el terror de todos, aun de los mismos encargados de perseguirlo; llegando su audacia en varias ocasiones hasta presentarse en pleno dia a dar malones a los pueblos. Por lo demas, luego entraremos a apreciar sus hechos de fascinoso, que eran bien conocidos por sobreponerse en sus resultados a los de todos sus infames compaños, que capitaneados por el *Maucha Neira*, tenian consternados a los habitantes de los pueblos i ciudades, cuando apenas principiaban a gozar de los benéficos frutos del progreso en las industrias debido a la naciente libertad!

A propósito de este célebre capitan

de espanto se arranca de todos los labios, por tan repentina aparicion.

—“Silencio! dijo uno de los cuatro hombres mostrándoles un afilado puñal.

—“Qué quieren de nosotras? exclamó la anciana en un tono suplicante.

—“El dinero que tienes guardado.

—“Pero si nada tengo.

—“Cómo que nada! Si no lo entregas pronto nos darás los pocos años de vida que te restan.

—“Ya os lo he dicho, nada tengo, llevaos cuanto querais, pero no nos hagais daño.

—“Los asesinos avanzaron.

—“Vamos, el dinero, el dinero, dijeron.

—“Si no tenemos nada, musitó una de las jóvenes, poniéndose de pié; i con un valor desconocido de su sexo se interpuso entre aquellos i la anciana.

—“Ah! no tienen nada?... pero tú vales mucho....

—“Una hora despues los cuatro saltadores huian por el camino público: habian sido unos miserables! Habian robado todo el oro que pudieron descubrir, asesinado sin misericordia a la octojenaria i al pobre hombre que la servia, i para colmo de tanta infamia, habian mancillado el honor de las dos hermosas niñas.

“Pero un hecho tan feroz no quedó impune, pues tuvo su merecido castigo.

“Los gritos de las jóvenes que se defendían de sus asesinos causaron la alarma del vecindario.

“Don Ramon Freire, que a la sazón se encontraba en Talea con el regimiento de Dragones, al tener conocimiento del crimen, despachó en persecución de sus autores varias partidas de la tropa de su mando.

“Al amanecer del día siguiente una de las partidas de Dragones volvía a la ciudad. Un inmenso corrillo de jente la acompañaba. En medio de todos, cuatro hombres venían amarrados i heridos en distas partes del cuerpo. Un soldado traía a un compañero suyo en el delantero de su caballo; venía también herido.

“El jeneral Freire, saliendo inmediatamente al encuentro de la partida i examinando el estado en que regresaban sus soldados, a quienes, diremos de paso, apreciaba como a sus propios hijos, i luego a los reos que conducían, con una voz ronca por el furor, exclamó: “Infames asesinos, preparaos porque ántes de una hora morireis.”

“Así sucedió. Aquellos cuatro presos eran los asesinos de la señora Cien-

uegos, que alcanzalos cuando huían por los valientes Dragones i despues de un sangriento i encarnizado combate, en que unos i otros hicieron prodijios de valor, fueron capturados.

“A las ocho de la mañana del mismo día, diez i seis halas dieron cuenta de su desgraciada vida.

“Pero uno de ellos, ántes de morir, con acento de desprecio a la vez que de arrogancia, dijo: “Me llaman el Maucha Neira i como tal muero; pero tengan cuidado que aun quedan muchos Neiras que me vengarán.”

VI.

Ya que conocemos cual era la asociacion que habia recibido en su seno, o mas bien dicho que habia abierto sus brazos a Diego Badilla i cuales eran los fines que ella perseguia, sepamos ahora como se portó el recluta en la primera comision que su digno jefe le confió (1).

Hemos dejado la partida a través de

(1) Nunca hemos llegado a saber si la partida que nos ocupa fué la verdadera *Partida del Alba*, o alguna de las muchas que, validas del nombre en cuestion, imponian en los campos.

las serranías, caminando en direccion del sur.

Despues de una marcha forzada de seis horas, el capitan Neira, dió la orden de hacer alto. Luego, encarándose con el que principiaba a ser su protegido, le dijo:

—Durante la marcha te he impuesto de la mision que nos cabe a mis compañeros i a mí.

—I que a mí tambien me cabrá una vez que Ud. se sirva disponer de este desgraciado que está dispuesto a todo, contestó Diego con prontitud.

—Pues bien, en eso venia pensando: ahora mismo quiero darte una comision.

—La que Ud. guste, señor, i créame que sabré cumplirla satisfactoriamente.

—Pero ¿si no conoces los caminos de la aldea a donde pienso enviarte?

—Preguntando se llega a Roma, dice el proverbio.

—Oh! el ave que vuela de noche no debe tener lengua.

—Todo debe ser pico i uñas, ya lo sé.

—Entonces, ¿crees salir bien parado i cumplir fielmente, al pié de la letra, lo que te ordene?

—Con un par de buenos compañeros...

—Si solo consiste en eso?...

—Mándeme Ud., señor, no mas, dijo Diego entusiasmado al ver que se encontraba en vísperas talvez de acometer una gran empresa.

—Muy bien. Estamos frente a un pueblo pobre; pero esto no quita que la villa de Rengo sea el domicilio de un acaudalado propietario. ¿Qué, es muy rico don Ilderico de Gamboa? Si, este hombre que no tiene familia, ni nadie que esté pendiente de su proteccion, bien puede desprenderse de algunas onzas sin temor de declararse en bancarrota. Allá es donde irás esta noche.

—I salga lo que salga, aseguro a Ud., que volveré con dinero.

—Así lo espero de la resolucion que manifiestas; sin embargo, quiero darte algunas otras noticias acerca de nuestro hombre.

—No quiero saber nada, ¿no conocen su morada los amigos que me han de acompañar?

—Perfectamente.

—Pues entonces, manos a la obra.

VI.

Tan oscura, tan impenetrable era la noche que a muy corta distancia no se distinguia la mejor casa que por aquel tiempo existia en el pueblo de Rengo.

No se veía una sola alma en la calle del pueblo. ¿I quién había de andar, cuando además de ser las dos de la madrugada, el frío glacial que esa noche había sido bastante para escarchar los ojos de un ser viviente?

Solo se sentía el graznido de la lechuza, el canto del gallo i de vez en cuando uno que otro ladrido de perro.

Los moradores de la casa de que mas arriba hacemos mencion debían dormir el primer sueño; i el pueblecillo mismo si hubiera podido despertar, no habría tenido tal ocurrencia, como hasta el presente no la ha tenido, siendo que aun duerme el peor de los sueños, el del atraso.

De repente, a lo lejos se sienten voces que indican la marcha de algunos caminantes. Momentos despues, tres jinetes, desafiando la intemperie, entraban al trote de sus caballos en la única avenida que entonces contaba Rengó.

Una vez allí los jinetes callaron i ya no se sintió sino el pausado compás del paso de sus cabalgaduras.

Un instante despues se apercibió una voz que cautelosamente decia:

—Aquí es.

—Aquí? preguntó otra en igual tono.

—Sí.

—Bajémonos entónceas.

4

A esta indicacion, dos de los jinetes deteniéndose echaron pié a tierra precipitadamente, mientras el otro aseguraba las bridas de los caballos; i allegándose a la pared que se extendia al lado oriente de la calle, siguieron orillándola hasta un punto en que por su escasa elevacion la salvaron sin inconveniente, perdiéndose despues entre un bosque de árboles.

Pasaron unos cortos momentos i entónceas el ladrido de un perro se hizo sentir en el interior de la casa susodicha, que era la morada de don Ilderico de Gamboa.

Luego se oyen gritos de *ladrones!* i otros de *¡cierran las puertas!*

Efectivamente. Eran mas que ladrones; eran salteadores; era Diego Badilla que ponía en ejecucion lo dispuesto por su jefe.

No obstante, reclusa como era, no tuvo el tino que caracteriza a todos los que frecuentan el oficio que él principiaba a conocer; i fué por esto que, sentido por don Ilderico de Gamboa, estuvo a punto de ver desbaratados sus mal combinados proyectos.

Empero, Diego no desmayó en su intento por aquel inesperado incidente, i por mas que la colocacion de trancas

en las puertas le anunciaban una dificultad inseparable.

Entónceas el aprendiz de bandido detuvo sus pasos i se prometió recapacitar el modo de salir airoso de aquella aventurada escursión. Despues de un momento una idea feliz cruzó por su mente, idea que se dispuso inmediatamente poner a prueba, fuese cual fuese su resultado; porque era gran vergüenza para él regresar al campamento del mismo modo que había salido.

Cuando creyó haber trascurrido bastante tiempo i que el sueño se había apoderado nuevamente de los sirvientes, trepó uno de los pilares que sostenían un antiguo corredor, i cuidándose de no hacer ruido, se deslizó sobre las vigas que segun su cálculo debían corresponder al dormitorio del rico propietario. En seguida valiéndose de piés i manos principió a mecer la enmaderacion, que por ser vieja aparte de su débil construccion, cedió fácilmente a sus fuerzas.

Intertanto su compañero, a semejanza de la bestia carnívora, se había apostado en asecho de su presa a un lado de la puerta de la misma habitacion.

Diego desplegaba mas i mas fuerzas, i el edificio parecia ya seguir las ondu-

laciones de sus movimientos. Aquello simulaba un prolongado terremoto.

En tal situacion, el tiempo se perdía sin que la estratagemá produjera el resultado que los bandidos esperaban.

Entónceas el jóven Badilla haciendo un último esfuerzo, meció vigorosamente, i en el mismo instante, desprendiéndose de la altura en que había permanecido fué a juntarse con su camarada.

Ya era tiempo; aquel último remezon obligó a saltar de su lecho a don Ilderico de Gamboa, que creyendo venirse el cielo abajo, gritaba conmovido: "¡misericordia! ¡Jesús! ¡que tiembla!"

Diego apenas pudo contener una carcajada, cuando abriéndose la puerta, el incauto propietario fué a encontrarse en medio de cuatro fornidos brazos que arrojándolo al suelo lo maniataron sin que tuviera tiempo de oponer ni siquiera una débil resistencia.

—Socorro! socorro!...rrr.....oooo....

—Tápale la boca, dijo Diego a su camarada, i allegándose al oido de su víctima, agregó: no es nada, señor; sí, no será nada, pues quedará Ud. sano i libre si nos dice dónde oculta su dinero. I si nó... i el jóven bandido recalando su última palabra mostró al caballero un agudísimo puñal.

El señor Gamboa creía morir. No sabía lo que le sucedía; pero al oír espresarse al bandolero i al ver relucir la hoja de un puñal, no le quedó duda de la suerte que le aguardaba si no decia lo que se le exigía, tanto mas, cuanto que era sabido que los bandidos por quitarse allá esas pajas despachaban un prójimo al otro mundo; así que comprendiendo su crítica situación, no encontró otro recurso que el de indicar con un movimiento de cabeza la puerta de su habitación.

Ante aquella manifestacion los salteadores no esperaron mas i se dirigieron a la morada del caballero, en la que sin gran trabajo descubrieron mas de lo que buscaban.

Momentos despues el infeliz dueño de casa vió salir de su cuarto a los astutos robadores, quienes presurosos se perdieron en la oscuridad.

Diego se habia conducido como un veterano en la carrera del pillaje i seguramente recibió por ello los parabienes i aplausos de sus compañeros.

Ahora dejemos volar el tiempo, puesto que los hechos de nuestro joven bandido en el trascurso de los cuatro años que siguen a este suceso, han quedado envueltos en el ropaje del misterio.

VIII.

Antes de llegar a la ciudad de Talca i en el punto que actualmente separa el departamento de este nombre de la villa de Molina, existen varias elevaciones de terreno, que cubiertas de espesos montes en aquel tiempo, se hicieron célebres por haber sido la madriguera de los bandoleros de la época.

Pues, encontrándose el país bajo las influencias de las continuas revueltas ocasionadas por los diversos partidos que disputaban la supremacia del poder al ministro Portales, i que ya dejaban entrever el principio de la guerra civil, los malhechores, aprovechando la fácil coyuntura que se les presentaba, se entregaban sin freno a toda clase de fechorías i maldades.

Así los bandidos, a pretexto de seguir tal o cual bandera política, formaban numerosas partidas, las cuales, en la carrera del crimen, mostraban a las claras la distancia a que sus hombres se hallaban del credo político que aparentaban seguir.

En tal estado las cosas, llegó el 18 de setiembre de 1835. Es decir, habían pasado cuatro años desde el día en que Diego Badilla formó parte de la Partida del Alba.

Aunque parezca incompatible que los buenos sentimientos puedan albergarse en el corazón del bandido, sin embargo, el amor patrio lo reviste en ocasiones dadas de un entusiasmo guerrero propio de los soldados defensores de una santa causa.

Algo de esta aseveracion prueba lo siguiente:

En una ancha plazoleta que se extendía en una de las elevaciones de que hemos hecho mencion, denominada en aquel entonces *El bosque de la muerte* por algunos campesinos que tenían conocimiento de lo que allí sucedía, mas tarde el *Paso hondo* i hoy el *Paso de las marcas*, habia un gran caseron de paja que el agrupamiento de los árboles ocultaba a la vista del viajero. Otros ranchos mas pequeños se destacaban a muy corta distancia de aquel, i todos formaban un conjunto que, ya por encontrarse en el bosque de la muerte o ya por la soledad de su situación, podría apellidarse de lúgubre, pues infundía un terror pánico su contemplacion.

Una estensa planicie, sita a inmediaciones del caseron, estaba en el día a que nos referimos sembrada de innumerables i vistosas flores campestres, i rodeada de largas vigas de roble, ha-

ciendo de cómodos sitaliales, en forma de semicírculo.

En medio de él encontrábanse cubiertas con una ancha lona hasta doce botas conteniendo el mejor mosto que principiaba a producir la que es hoy provincia de Concepcion. Al lado de este monumento doce corderillos parecían esperar por momentos la hora del sacrificio.

Eran éstos los preparativos de una gran fiesta.

Cuatro hermosas jóvenes, por su traje campesinas, saliendo de un rancho comenzaron a pasearse dentro del recinto de aquel floreado recinto; i asidas de las manos, unas recitaban en voz alta chuscas tonaditas de su tiempo, mientras charlaban las otras en el mismo tono.

—Con que, Juanita, dijo una rubia, que podría contar unos treinta años, ¿me parece que Dieguito se encuentra en grandes contigo? No lo niegues, no habria para qué. Tú eres buena moza, en toda la estension de la palabra, él güaina i bien puesto, ¿por qué no amarse como deben? Yo cuando me encontraba en el mismo caso que tú ahora, con Pedro, mi pobre Pedro, no me andaba por las ramas, tenía placer en noticiar a mis amigas cuanto me sucedía.

I eso que aquel era otro tiempo, ¡ah, qué días aquellos!

—Bien puedes tú hablar así, respondió Juanita, que era una morenita de diez i siete años, tomamos su edad en el término máximo, que por no alargarnos demasiado diremos únicamente, en resumen de sus cualidades físicas, que era un ángel, aunque ángel moreno, que en materia de belleza da lo mismo, puesto que entre dos hermosuras, la una blanca i la otra morena, ¿quién sabe si no nos decidiríamos incontinenti por la última? Si, bien puedes tú hablar así, repitió la joven, porque Pedro el Godo era solo tuyo; mientras que yo... no puedo decir lo mismo.

—Cómo así! Acaso Diego no tiene un corazón tan cariñoso en la casa como tiene coraje en el campo? Es que tú eres muy exigente.

—Calla! Si supieras lo que hace Diego cuando con licencia del capitán se ausenta dos o mas dias.

—Verdaderamente que siempre he tenido curiosidad por conocer las causas que motivan las ausencias del valiente amigo. Siempre he notado la frecuencia con que se pierde; pero creia que seria por asuntos concernientes al servicio.

—Ah! nó! nó! Yo como parte intere-

nuestra vida es como un mal tiempo, en que, tan pronto se deja ver el Iris de la bonanza, como vuelve a reaparecer el negro velo precursor de la tempestad; preciso, i sumamente indispensable es, que para contemporizar con ella, tengamos un corazón fuerte, acostumbrado a todo; ora seamos de paz, ora de guerra, ora seamos de nieve, ora de granito, es decir, mas claro, si no nos llamamos Pedros nos llamaremos Juanes.

Apénas hubo terminado su semi-discurso, la interlocutora de la morena Juanita, cuando el vibrante sonido de una campanilla se hizo sentir en un rancho inmediato al sitio en que se hallaban las cuatro jóvenes, admirando aun los lechoncillos destinados a la fiesta, porque era, repetimos, una gran fiesta la que en un momento mas debia allí comenzar.

Los bandidos conmemoraban también el día de la patria.

El 18 de setiembre era para ellos un día de tiernos recuerdos que debian celebrár.

I efectivamente: todas aquellas botas e inocentes corderillos, formaban los esquisitos manjares que debian servir al opíparo banquete de una cuadrilla de bandoleros.

sada todo lo sé por Joaquín el Chunchu, que no se las niega a nadie. Hace dos dias no mas que estuvo en Rengo....

—Ah! ya caigo, ¿dónde la Cincinta?

Allá mismo. Qué quieres; todo el tiempo que no le vemos está con ella; i despues el pérfido dice que me ama, que soy su único amor!

—Paciencia, hija mía, todo se acomodará.

—Qué paciencia! Estoy desesperada con la vida que llevo, i luego él....

—Bien se conoce que por tus venas corre buena sangre.

—Dime, Margarita, i discúlpame la pregunta, ¿sabes tú quién es mi padre?

—Francamente, no lo sé; pero creo que tú pronto lo sabrás; i es por esto que te he aconsejado tengas paciencia.

Por otra parte: dicen que el capitán piensa dejar el campo para irse a aventurar en la expedición que debe partir al Perú. I si esto sucede, como es muy probable, nosotros tendremos que cambiar de residencia, i Dieguito se verá tambien obligado a mudar de parecer. Entonces ¿quién se lo llevará? No será por supuesto la Cintita.

Vuelvo a aconsejarte paciencia, mucha paciencia, amiga mía; tú tienes mucho que esperar. I tanto mas fuerza tiene mi razonamiento, cuanto que

Inmediatamente, despues de aquella señal, de improviso salieron unos en pos de otros hasta sesenta hombres, que hasta entónces habían permanecido ocultos en los ranchos, viniendo cada cual a ocupar el asiento que le correspondia en aquel solitario anfiteatro.

Quando todos estuvieron sentados, el Maucha Neira (1) su jefe, colocándose en el centro del circuito, les habló en estos términos:

“Compañeros, queridos camaradas:

Hace diez años a que bajo mi dirección habeis recorrido los bosques i los pueblos tras del oro, tan indispensable en la edad madura. En todas partes i como quiera, habeis mostrado siempre un valor sin tacha, un valor del que me he vanagloriado muchas veces; porque tengo orgullo de contar bajo mi mando hombres tan valientes, tan aguerridos i tan sujetos a la severa disciplina que los rije.”

(1) Este Neira era hermano del asesino de la señora Cienfuegos, fusilado por el jeneral Páez, i como él habia sido desertor de las tropas insurrectas en la memorable epopeya de la independencia, para enrolarse en la gavilla que comandaba Vicente Benavides i luego en la de los hermanos Pinchiras.

El capitán haciendo una pequeña pausa continuó:

“Cuando yo, como vosotros lo hacéis conmigo al presente, seguía a Benavides i más tarde a los Pincheiras en sus continuas escursiones, no tuve nunca la ocasión de conocer hombres como vosotros. Aquellos eran valientes i decididos, pero de un valor envuelto en sangre. No así vosotros que sois valientes i humanitarios. En vano los amos de poblado nos acusan de sanguinarios; nosotros no merecemos tan infame calificativo. Se nos impide tal o cual cosa, insistimos: se nos detiene, obligamos. I por último, si corre sangre, no será por nuestra culpa; porque el pedir a quien tiene, con necesidad, no es crimen, la avaricia es quien lo criminaliza. Nosotros pedimos necesitando, i no se nos da pudiendo con exceso, ¿qué nos queda por hacer? el proporcionarnoslos!”

—Muy bien, muy bien! prorrumpieron varias voces.

“Pero dejaré aparte estas reflexiones, dijo el orador bandido.

Mi objeto al dirijiros la palabra, es presupuesto bien distinto: se trata de dejaros.....

—Qué dice el capitán? interrumpieron las mismas voces.

—No os inmutéis por tan poco, amigos míos. Vosotros sabéis que tengo una familia a quien proteger, unos hijos a quienes educar.....

—Te entendemos, capitán, ¿nos que-
reis abandonar, no es así?

—Abandonáros! nó; siempre seré vuestro para cuanto pueda seros útil. Os decía que tenía hijos i que he resuelto ser su padre. Ya estoy viejo para continuar en la azarosa vida de los montes. Ahora se presenta una ocasión propicia para realizar mi pensamiento. Se está formando una expedición que partirá al Perú en el año próximo; me enrolaré en ella; haré algo por mi patria en aquellos mundos i después volveré tranquilo, pues todos me tendrán por un veterano i nada más. Se olvidarán para siempre del terrible Maucha Neira.

—Bien, capitán! Yo apruebo tu conducta, dijo poniéndose de pie el bandido de largas patillas, que hemos visto a la llegada de Diego al sitio en que estaba acampada la Partida del Alba, i que era el renombrado Pedro el Godo.

El Godo pensaba reemplazar al actual capitán en el mando de la gavilla, porque, ninguno como él, era mas acreedor a desempeñar el primer puesto. El, valiente capitán de uno de los mas

acreditados tercios españoles venidos de la península a principios del siglo, i, mas tarde desertor de sus filas, había sido uno de los fundadores del escuadron bandolero a que pertenecía. Todos sus compañeros lo respetaban por sus grandes hechos de armas, i como no aspirar a suceder al jefe, cuando los dos Neira, únicos capitanes que desde su origen contra la partida, parangonados con él, no eran sino niños de teta?

—Yo apruebo tu resolución, Neira, repitió el Godo; pero antes es preciso que nombres tu sucesor i que este nombramiento se haga tomando en cuenta las hazañas de cada pretendiente al mando del escuadron; pues, ¡voto a Cribas! ¿por qué hemos de ser menos que los veteranos de un rejimiento?

—Todo se hará como tú lo dices, valiente Pedro, ya lo había previsto; dijo Neira; ahora mismo quedará hecha la elección. I acto continuo, dirijiéndose a sus sesenta hombres, ¡os contentais, les observó, con el modo como practique la elección del que os ha de mandar en mi lugar? Le reconoceréis por vuestro lejítimo jefe?

—Sí, sí, respondieron todos.

—Pues bien, vamos a principiar.

VIII.

Después de un momento de jeneral silencio, en que el capitán pensativo buscaba en su mente alguna idea que se le había escapado, continuó:

—Para proceder a la elección de mi reemplazante, es preciso tener en cuenta la solemnidad de los recuerdos de este día, i éstos, uniformándose con aquella, me obligan a remontarme a los primitivos tiempos de nuestra era chilena, a aquellos tiempos memorables en que la hueste araucana, para elegir un nuevo caudillo, valíase de pruebas altamente conducentes al santo fin que se perseguía. Por las circunstancias que revestían aquellos acontecimientos, que bien se relacionan con las nuestras, la elección de mi sucesor se hará, ni mas ni menos, como se hizo la del valeroso toqui Caupolicán I; i porque, como dice Ercilla:

“..... ha de haber un capitán primero
“Que todos por él quieran gobernarse,
“Este será quien mas en gran madero
“Sustentar en el hombro procurase;
“I pues que soi iguales en la suerte,
“Procurare cada cual ser el mas fuerte.”

En este sentido, señores, pónganse de pie i den dos pasos al frente los que

se crean capaces de someterse a la prueba requerida para alcanzar el puesto de jefe del escuadrón.

—¿Cómo? Qué la elección se remite a pruebas? preguntó irónicamente el Godo, que en aquel instante recordaba en sí mismo a sus pasados hechos.

—¿Cómo ha de ser, querido amigo? dijo Neira, es necesario que todos queden contentos con el nuevo jefe, i que sea reconocido superior a todos.

—¿I bien?

—¿I bien, qué?

—¿I bien, cómo se entiende esto?

—Haciéndose lo que yo diga, observó el capitán, dando largos i medidos pasos por el anfiteatro.

Entonces diez de los mas osados i valientes se encontraron en la posición indicada por su jefe; el Godo mismo, aunque mal humorado, se contaba entre ellos.

—Nadie mas pretende ser el capitán de la partida? preguntó Neira recorriendo con su vista la fila de salteadores.

Yo nó, yo tampoco, estoy bien así, dijo un bandido volviéndose hacia su compañero inmediato.

—Yo también, yo también, agregaron varios, i ninguno fué a aumentar

el número de los aspirantes al supremo puesto.

—Entonces, comencemos.

Traigan acá esa viga.

Seis hombres fueron apenas suficientes para conducir el objeto señalado por el jefe.

Luego que la viga fué colocada en el centro de la circunferencia, el capitán añadió:

—El que haga mas prodigios de fuerza con ese palo, será el jefe elegido. Vamos allá.

Uno despues del otro, ocho de los pretendientes forcejaron con la viga; pero sus fuerzas musculares fueron impotentes para levantar aquel enorme trozo de madera.

Tocó su turno al Godo.

—¿Cáspita, que este animal pesa! dijo éste, pero haciendo sobrehumanos esfuerzos logró colocar la viga sobre su pecho i la sostuvo un momento en aquella difícil posición, dejándola caer inmediatamente.

—Bravo Pedro! Bravo! gritaron los que hacían de espectadores. Esto sí que merece mandarnos, ¡viva! ¡viva!

—Todavía nó, replicó el capitán, falta nuestro amigo Diego, veamos lo que hace.

Diego, con paso firme i resuelto se

encaminó hacia la viga. La alzó sin dificultad de un extremo i con la misma facilidad la colocó sobre su hombro derecho.

A este primer triunfo, muy superior al obtenido por su antagonista anterior, un aplauso unánime se escapó de los labios de sus compañeros, aun de los mismos que le hacían competencia.

Pedro el Godo gruñó por lo bajo.

Por su parte el atleta, forcejeando con el pesado madero, consiguió balancearlo en el hombro, i entonces por medio de un esfuerzo mayor i como si quisiera parodiar al héroe araucano que su capitán había traído a colación, dió veinte pasos por entre la calle que le habían formado sus camaradas. De improviso se detuvo i esquivando ligeramente el cuerpo, que había servido de base a un peso de algo mas de doce quintales, dejó caer la viga, que al chocar contra la tierra produjo un estruendoso mecimiento.

Los bandidos habían contemplado atónitos tan extraordinaria demostración de fuerzas; el Godo mismo no volvía de su estupefacción.

—Ha vencido, dijo el jefe, i, según mi palabra i vuestro asentimiento, de hoy en adelante será vuestro capitán.

Al oír las últimas palabras del que

dejaba de ser su superior, todos aquellos hombres prorrumpieron de consuno: ¡Viva el capitán Diego Badilla!

IX.

—Ahora que ya está hecha la elección de mi digno sucesor, a quien Dios proteja, pensemos en celebrar el día glorioso de nuestra amada patria; porque también será el último que me encuentre entre vosotros. I dicho esto, el Maucha Neira, se dirigió a las botas. En seguida rompió una de éstas i llenando de su contenido un descomunal vaso de asta, con melancólico acento prosiguió: "A vuestra salud, queridos amigos, i porque alcanceis pronto el ideal de vuestros afanes. Me voi, pero os llevo grabados en mi corazón. Quiera Dios que bajo la dirección del valiente Diego seáis mas felices i que lleguéis en breve a haceros ricos."

Concluido su pequeño brindis, el jefe despachó su medida, alargando el vaso inmediatamente a Diego, al instante que le decía:

—Amigo mío, ¡a tí te toca.

Diego llenó nuevamente el vaso i con torpe aunque rápido lenguaje, dijo:

"Camaradas:

"Cuatro años hacen que circunstan-

cias bien tristes me trajeron a vuestra compañía: hasta ese día habia sido un traidor, un miserable.

“Desde entónces acá, todos sois testigos de que he lavado aquellas faltas peleando caballerosamente i nunca huyendo del peligro por mas inminente que este fuese.

“Siempre he cumplido fielmente las órdenes que se me han dado, i siempre, como os lo prometí el día en que formé parte del escuadron, he sido de vosotros un hermano!

“He ahí mi pasado.

“Mi futuro, compañeros, solo tenderá a la felicidad de todos, i jamas, por jamas, la Partida del Alba me tendrá por un ingrato.

“Voi a beber, señoras, por la buena armonía que debe reinar entre nosotros para que logremos de mejores tiempos, i luego por el engrandecimiento de un amigo, de un hermano, del heroico capitán Neira.—He dicho.”

Un aplauso estrepitoso acogió estas últimas palabras.

X.

Dos horas habian trascurrido desde el brindis del nuevo capitán de la Partida del Alba.

Los bandidos en grupos de seis a ocho, embriagados hasta el exceso, celebraban a su modo el recuerdo del 18 de setiembre, dando fin a la bota que les habia correspondido.

Ah! si la justicia de aquel tiempo hubiera tenido la centésima parte de la actividad que recomienda a la del presente, que *bucha presa* no habria hecho a su turno!

Una gran cantidad de huesos tirados por el floreado pavimento, era la prueba que el festin tocaba a su término i que el apetito de aquellos hombres estaba saciado.

El Maucha Neira, Diego i el Godo, el cual merced a las dulzuras del liquido habia olvidado su resentimiento anterior, departian con las jóvenes que ya conocemos de su patriótico entusiasmo, bebiendo i cantando de un modo continuado.

—Embustero, decia a Diego por lo bajo la morena Juana, cuándo me cumples tus promesas?

—Luego, en cuanto se presente una oportunidad, respondió aquel enviviendo con su nervudo brazo el torneado cuello de la que ya conocemos por su amante.

—Ah! siempre con las mismas *engañifas*.

—No, nó! porque ahora puedo cumplir lo que prometo.

—Pero ¿será verdad lo que me dices? replicó Juana estrechando entre sus manos una de Diego.

El jóven no contestó, sino que llevó a sus labios las manos de su querida i al darlas un beso un suspiro se escapó de su pecho.

Sólo Dios sabe si aquel suspiro no fué una reminiscencia arrojada a el ara del altar que debieron conquistarse las primeras víctimas de su carácter.

El Maucha Neira que yacia muellemente recostado sobre una viga acompañando con su voz el canto de la chica que tenia a su lado, al levantar la cabeza para absorber una nueva cachada, sorprendió la actitud a que habia arribado lo que él llamaba párrafo amoroso de Diego i Juana. Una dulce sonrisa se pintó en sus labios, e inmediatamente llamó al jóven a alguna distancia del grupo.

Juana se quedó pensativa: pisaba sobre ascuas.

—Te he llamado, amigo mio, dijo Neira, porque ahora es el caso de que te cuente una historia que te será de gran interes. I digo de interes, porque tengo conocimiento del cariño entrañable que desde hace tiempo te profe-

sa la bella Juana; i tambien porque se que tú no la miras nada mal.

—Siempre la he considerado i respetado como si fuera una hermana, i si nó, agregó Diego, que lo diga el rucio Carrales a quien di una tunda por haber intentado galantearla.

—Mucho te he agradecido ese buen proceder, hijo mio; pero volviendo al motivo de esta conversacion, ella no desmerece que cualquiera la llame su esposa. Harto me ha costado hacerla respetar de los nuestros en los ocho años que la tengo en mi poder. Habia pensando llevarla conmigo a Santiago, pero, lo repito, como he conocido el afecto que a ambos os une, he cambiado de parecer; i es por esta razon que quiero contarte una historia que tiende directamente a este asunto.

—Ya escuchó Ud., capitán.

—Hace ocho años, dijo éste, a que me hice cargo del escuadron por la prematura muerte de mi hermano. Apenas en el puesto, mi primer pensamiento fué el ir a dar un malon a la delegacion del Maule, donde sabia que habian muchos ranchos recientemente avecinados.

Nos internamos doce hombres en la cordillera, i despues de salvar los inmensos precipicios que encontrábamos

como un obstáculo en la marcha, llegamos al cuarto día de nuestra salida a enfrentar con el punto a donde nos dirigíamos.

Desde la cima de un cerro i a favor de un buen antecjo, elejimos la víctima de nuestra escursión. Era ésta las casas de la hacienda de Pichenco, propiedad de un rico, fabulosamente rico.

Esperamos la noche para llevar a feliz término la empresa. Lo recuerdo bien, esa noche tronaba i llovía a cántaros.

Favorecidos por la oscuridad logramos llegar sin ser sentidos hasta las mismas casas. Sus moradores dormían el sueño del justo. Con este auxilio muy pronto las puertas fueron al suelo; algunos hombres que intentaron oponernos resistencia recibieron la muerte; no sé si escapó alguno con vida.

Nos tomamos con suma facilidad la plaza: ninguna novedad por nuestra parte.

Mis compañeros ávidos de botín se introdujeron sin mas aguardar en las habitaciones.

Por mi parte, entré tambien en la pieza que tenía a mano, allí no había una alma. Recorrí con presteza todos los departamentos i solamente ví a mis compañeros que diligentes cumplían con su deber.

—Del modo mas sencillo. Yo conservo en mi poder los vestidos con que fué robada, al mismo tiempo que un relicario de oro que traía colgado al cuello. Tras de estas pruebas, convincentes por demas, vendrá el reconocimiento.

—Pues bien, es verdad que yo he querido a Juana con otro amor que el de hermano, i ahora con la relacion que usted acaba de hacerme, mucho mas, puesto que sé cual es su orijen. Por lo demas, estoy bien seguro que ella no desmerece mi mano.

—Entonces ¿consientes en casarte?

—Sí; pero con una condicion.

—I bien, ¿qué condicion?

—La de que ella no ha de saber por otro que por mí cual es la persona que le dió el ser.

—Eso yo te lo garantizo. Soy el único que poseo el secreto de su descendencia i siempre he tenido un cuidado especial en ocultar las prendas que te he indicado i que luego recibirás si accedes a mi proposicion.

—Si no es mas que eso, el negocio está concluido.

—Entonces, a tu respectivo puesto i que viva Chile!

Ya me volvía para dar la órden de retirada, cuando llegaron a mis oídos unos jemitos entrecortados que me pareció tener su orijen dentro de una caja. Inmediatamente corrí a abrirla i mis sospechas no fueron infundadas, pues encontré allí escondida una bella criatura de nueve años, que apenas respiraba por la falta de aire que había experimentado. "Esta es mi parte," dije, i tomé aquella jóven en mis brazos.

Cinco minutos despues volábamos mas que corriendo por entre el monte i sobre manantiales de agua.

Aquella niña robada por mí se llamaba Juana, i es la misma mujer que ahora tan devéras te ama.

El padre de esa niña me es conocido, es uno de los hombres mas influyentes en poblado, se llama don Ricardo Valdivia.

¿No es verdad que despues de mi historia amas mucho mas a Juana?

Cásate con ella i puedo asegurarte que no tendrás de que arrepentirte, i quizas este consejo me lo agradecerás despues.

—Nunca he pensado en casarme.

—Piénsalo bien. Figúrate que su padre es un gran señor.

—I cómo podría llegar a probar a ese padre que es su hija?

XI.

Al amanecer del día siguiente al en que tienen lugar los sucesos que se mencionan en el párrafo anterior, dos jinetes galopaban por el camino que conduce de Talca a San Fernando. Sus caballos cubiertos de blanca espuma daban a conocer el empeño que se tomaban por llegar cuanto antes a un punto dado.

Así recorrieron gran cantidad de leguas sin articular una sola frase.

—Detengámonos, amigo Diego, dijo de improviso el de mas edad de los caminantes, es necesario que echemos un párrafo mientras los brutos cobran nuevos brios para hacer la corta jornada que aun nos resta.

—En eso venia pensando, amigo Neira, contestó el otro deteniendo su caballo.

—Desde que llegastes a nuestro campamento te cobré un cariño de hijo, i ahora con la bella accion que me has prometido hacer, puedes contar con mi eterno reconocimiento.

—A lo propio, compañero, doi a usted las gracias.

—Luego vas a conocer al padre de

tu futura, i por tí mismo podrás juzgar de la valía del que será tu suegro.

Entre tanto voi a darte mis últimos consejos, que en ciertas ocasiones la experiencia puede dar lecciones a la juventud, por mas valor i bisarria que ésta tenga.

Yo siempre tuve por norte de mis negocios la hacienda del aváro i la del majistrado que me perseguia; háblo lo mismo i estád seguro que observando este principio, atenuareis, tú i los tuyos, la gravedad de las faltas, no solo ante los hombres, sino ante Dios.

—Jamás dejarás dormir el pié en un punto fijo, por cuanto puede abrirse la tierra i tragarte todo el cuerpo.

—Muéstrate jeneroso, amigo de tus inferiores en todo caso i ocasion.

1 por último, "usa igualmente de jenerosidad con las víctimas de tus acciones." Se entiende que este procedimiento solamente tiene existencia cuando no se encuentran de por medio nuestros intereses.

Muchas otras reflexiones son del caso, pero el tiempo i las circunstancias te las traerán a la mente.

—Yó siempre he tenido en vista mi coraje i nunca me he acordado de otra cosa.

—Sí, eso seria mui acertado cuando

caballos a la sombra de una estensa ramada.

Entretanto el mesonero, al ver el polvo que cubria los vestidos de sus nuevos huéspedes, se interrogaba a sí mismo: "¿quiénes serán estos caballeros?"

Novedoso por principio, como lo son todos los de su oficio, dirijiéndose a los viajeros que ya engullian a mas i mejor:

—Venís de mui léjos, mis señores? les preguntó.

—De ayer acá hemos andado unas cuarenta i tantas leguas.

—Es decir que habeis caminado toda la noche?

—Se entiende, de otro modo no estaríamos aquí.

—¿Cómo os las habeis compuesto con los saltadores?

—Acaso hai saltadores en el camino que conduce a Talea! dijo el de mas edad de los huéspedes, revistiendo su voz de un pronunciado acento de admiración.

—Cómo! No sabeis lo que se dice de la Partida del Alba? No habeis oido relatar los crímenes de su capitan Neira?

—El Maucha Neira murió en el cadalso que harto bien lo merecia, mu-

nuestra miserable naturaleza fuese formada de una sustancia a prueba de bala.

—Verdad; solo ahora comprendo que es necesaria la prudencia i que en todo caso debe correr parejas con el valor.

—Por supuesto. El propósito de esta imperiosa necesidad de la vida—la prudencia, conserva en la memoria la siguiente máxima que, así como me fué de provechosa, podrá serte a tu turno, i es esta: *Prudencia en el combate i hacer todo lo que es posible porque éste no demande largo tiempo.*

Los Pincheiras i el mismo Benavides, siempre tenían presente en sus expediciones esta tan saludable advertencia.

Pero apuremos los caballos, que ya el sol comienza a calentarnos la mollera.

Un momento despues apenas se divisaba de los dos caminantes una densa nube de polvo, que huyendo con la distancia, se fué perdiendo de vista paulatinamente.

A las doce del dia, los jinetes echaban pié a tierra a la puerta de la única fonda que por entónces habia en la solitaria plaza de San Fernando.

Miéntas los que llegaban se disponian a almorzar, un mozo conducia sus

tó el interpelado, sin dejar de hacer los honores a la mesa.

—Será otro entónces. Lo cierto es que ayer no mas estuvo a comer en el mismo sitio en que vosotros estais un señor Isidro Bustamante, capitan de húsares, a quien acompañaban cincuenta hombres de tropa escogida. El mismo, me dijo, que venia comisionado para capturar a toda la afamada compañía del Alba i que estaba seguro de volver a la capital antes de quince dias con el célebre Mancho Neira.

—Valiente soldado debe ser ese señor de Bustamante.

—Probablemente, cuando tanto promete.

La conversacion concluyó con el almuerzo; i despues de haber pagado el correspondiente escote, los viajeros salieron a la calle.

—Quiere Ud. que andemos un poco a pié, dijo uno al otro.

—Será lo mejor.

I dichas estas palabras, ambos atando a unos árboles sus caballos, recorrieron gran parte de la poblacion, i cuando hubieron enfrentado a la casa de la majistratura se detuvieron.

—Qué te parece, amigo Diego, lo del capitan Bustamante?

—Qué me ha de parecer, sino que

en lugar de Ud. le jugaré una mala pasada o se volverá a Santiago como ha venido.

—Mucha actividad, estos zorros de sollosos suelen ser mui incómodos.

—Yo sé cómo debo conducirme con ellos. En los cuatro años que llevé de permanencia en la partida hartas veces los he conocido; pero nunca han tenido noticias mías; siempre los he burlado como i cuando he querido.

—Ojalá tengas en lo sucesivo esa misma suerte.

—Pero mira, que se acerca nuestro hombre.

—Quién?

—Don Ricardo Valdivia.

—Qué! entonces don Ricardo Valdivia es el intendente de Colchagua?

—Está desempeñando accidentalmente la intendencia por ausencia del propietario, pero no por eso tiene menos influencia, su poder viene del supremo gobierno.

—Tan grande es?

—Calla! si es pariente mui cercano de don Diego.

—De qué don Diego?

—De don Diego Portales, el Jeneral, el Ministro, el Presidente.

—Entonces.....

—Entonces puede servirte de mucho,

puesto que el rehen merece la pena.

Ahora sabe que para encontrarlo, si es que en alguna ocasion tuvieses tal ocurrencia, debes buscarlo en esa casa contigua a la intendencia, o en su hacienda de Pichenco.

—Con esta noticia me hace Ud. un señalado servicio, pues, ya nada espero para casarme con mi Juana.

—Lo celebro, i mas me alegraría si lo hicieras pronto.

I al espresarse así, el Mancho Nqira usando un tono triste al mismo tiempo que veia la hora en su reloj, dijo:

—Buena hora para viajar con tranquilidad.

—Qué ahora mismo piensa partir Ud.?

—Precisamente, i antes de separarnos solo me resta despedirme de ti.

—Pero no sin que primero prometa Ud. hacerme un gran favor.

—Como nó, el que gustes.

—Gracias! Cuando usted se encuentre en Santiago indágnese de mi padre; dígame que sucedió en casa despues del terrible crimen que el amor me indujo a cometer.

—Lo haré en cuanto me sea posible, quédate tranquilo sobre este punto.

I el capitan que abandonaba el cap-

po estrechó en sus brazos al que iba a ocupar su puesto.

—Adios, amigo!

—Felicidad!

Pasados unos cortos instantes, ambos montaban a caballo i emprendian el viaje por opuestos caminos, no sin haber pagado el tributo de la amistad, pues sentian humedecerse su mejillas con las lágrimas que se arrancaban de sus ojos.

XII.

—Quién vive? preguntó con estentóreo acento un embosado saliendo de una enrejada.

—De la Carda, dijo otro que marchaba al paso de su caballo.

—Cómo le ha ido a usted capitan?

—Mui bien Chunchito; vuelvo de cumplir con el deber que impone la gratitud.

I el que llegaba unido al otro, internándose en el monte, llegaron a poco andar a la guarida de bandoleros que conocemos en la plazoleta del Paso hondo.

—Por mi parte, malas noticias le tengo a mi nuevo jefe, repuso el Chunchito. Ha venido tropa de Santiago i en este momento se encuentra alojada

en la hacienda de don Joselin Utrich. Averiguando el derrotero que seguia supe que mañana pensaba el oficial que la conduce dar una corrida por el llano de Pelarco.

—Antes de ganaremos la partida, dijo Diego, pues, era él el recién llegado; que se dé inmediatamente la orden de ensillar i que cada uno cargue con lo suyo, porque en una hora, a lo mas, treparemos la cordillera.

Ante todo, avisa a Juana mi llegada.

Un momento despues se presentaba ésta exclamando.

—Cómo te ha ido? No sabia que tan pronto darias la vuelta.

—Me ha ido bien; pero es preciso que usted vaya a hacer su lio, porque mui luego partiremos; i Diego acompañó sus palabras atrayendo a sus rodillas a la hermosa Juana, que no cabia de contento.

—Es verdad, que me amas? preguntaba élla alborosada.

—Si te amo? Mucho i ahora mas que nunca. En la primera oportunidad seré tu esposo. I esto dicho, el bandolero depositó en la frente de su amada un beso que la hizo estremecer. Nos atrevemos a dudar si aquel estremecimiento fué a impulsos del rubor o del placer.

—Ah, Diego mío!

—Todo irá bien, dijo éste, pero corra usted a prepararse para la marcha. Todo se lleva; que no queden señales nuestras.

—Apénas Juana hubo salido del rancho que había sido por largos años la habitación del Mancho Neira i que ahora lo era de su digno sucesor Diego Badilla, éste se entregó a una profunda meditacion.

—¡Dios mío! esclamaba, si llegara a ser feliz con ella!... Pero ¿cómo? He sido un infame i tendré que serlo hasta que tu Providencia sea servida!... ¡Pobre padre!... ¡Hermano mío! hermano mío, perdóname, que pecué contra tí como un insensato.....

Después, abandonando su asiento, principió a pasearse precipitadamente por la longitud del cuarto.

—Me buscan, dijo de improviso, me hallarán i carito les ha de costar el encontrarme. I, después de todo, ¿qué importa morir! Una cerrada de ojos, luego un zumbido quizá, i..... todo se acabó en el mundo!

—Mientras tanto el horizonte de mi vida es abstruso, i estoy sufriendo el cruel remordimiento que nunca, nunca me abandonará!

—Pero nó, no debó morir; ella me

ama, es desgraciada i sola en la tierra, procurésmole su felicidad, aun a costa de la nuestra.

—Huyamos del peligro, huyamos.....

La luna revestida de una claridad trasparente, alumbraba los montes, i a su protectora luz una cuadrilla de hombres descendía la encumbrada pendiente del primer cerro de los Andes.

—A dónde diablos nos encaminamos, capitán Diego? preguntó una voz, que era la misma de Pedro el Godo.

—A dónde? Me admira la pregunta; a dónde ha de ser, sino a San Fernando, allí se presentan buenas presas en quienes les mostraremos a los señores venidos de Santiago que sus enemigos del Alba no les temen, contestó con arrogancia el joven capitán.

I en el mismo instante, un *bravo* unisono resonó en el bosque.

XIII.

—Corramos, corramos! decían algunos hombres del pueblo, corramos a la Intendencia.

—¿Qué sucede? preguntaban otros.

—Los gauchos del Alba se le han dejado caer.

—I los húsares?

—Los húsares están a veinte leguas de aquí.

I hombres i niños corrían en direccion de la Intendencia de San Fernando.

Acababan de ser las doce de la noche. Todo era confusion en la ciudad de San Fernando.

La jente corría a armarse, pero nadie iba en socorro de la que vivía en la casa de la magistratura, que era la presa escogida por los compañeros del Alba.

Ya las puertas de la Intendencia estaban hechas astillas i ya un buen número de bandidos revolvía por las habitaciones.

En un pasadizo se veían hasta unos veinte bandoleros bien armados que cuidaban de los caballos de sus camaradas, al mismo tiempo que infundía respeto a la muchedumbre que se agrupaba en la calle.

Aquello parecía un ataque dirigido solamente a la autoridad administrativa.

—Me han muerto! esclamaba un criado del intendente cuando herido de sable media el suelo.

—Si no dice donde tiene la plata, dale un hachazo, gritaba una voz.

—Sí, añadía otra, qué muera quien nos persigue!

—¿Qué muera! qué muera! esclamaba un grupo que se había formado en una pieza interior.

—Si solamente estoy alojado en esta casa, balbuceaba una persona que debía estar en medio del grupo.

—No quiere confesar? pues que muera entónces, agregó el Godo que también se hallaba allí i que era el causante de aquel incidente (1).

—¿Qué es esto que aquí sucede? preguntó otra persona que se acercaba al lugar del tumulto.

—Es que su señoría no quiere soltar la pepa, dijo el Godo que ya se disponía a punzar con su puñal al hombre que él llamaba su señoría.

—Apartaos de aquí, idos a pertrecharos en otra parte, dijo el que llegaba, o sea Diego Badilla, i volviéndose a la víctima de aquel pequeño tumulto, añadió:—Disculpe, usted señor, no sabía que usted estuviera aquí ¿no vive usted en la casa vecina?

—Sí, es mi casa, contestó el interpelado, que era el intendente de Colchagua, el cual no volviendo aun del susto que lo habían hecho pasar, no

(1) No se nos ha dicho si el padre de Juana fué intendente de la provincia de Colchagua o simplemente gobernador de alguno de sus departamentos.

encontraba partido que tomar en tan críticas circunstancias.

—Repito a usted, señor, que me perdona.

—Pero ¿quién es usted?

—El jefe de la partida, para servir a usted.

—Pues entonces, señor jefe, déjese usted de preludios i ordene a los suyos que cumplan cuanto antes, i sino ¡viva Dios! que la han de pagar cara.

—Estamos sin cuidado, señor; somos algunos.

—Aunque fuerais mill! exclamó el magistrado que, al recobrar su sangre fría, principiaba a exaltarse de coraje.

—Quede Ud. en paz, señor, fué la contestacion del bandolero i saliendo de la habitacion torció la llave de la puerta.

Por su parte, los bandidos se portaban bien; no habian dejado cosa por revolver.

Un bullicio inmenso se sentia.

Los compañeros del Alba bien poco se cuidaban del silencio.

Por eso un gran número de los habitantes de San Fernando, impuesta de lo que sucedia, estaban en la plaza.

Todos bravateaban, mas ninguno obraba.

De repente el tropel de muchos ca-

—Un mozo busca a su merced, dice que es portador de una carta.

—Tráemela acá.

El criado salió i volviendo a poco rato puso en manos de su patron un pliego cerrado.

Este recibió la carta i desplegándola en seguida, leyó:

“Sr. D. Joselin de Utrich.

“He sabido que ayer no mas ha vendido Ud. a don Macario Baseañan, 800 cabezas de ganado vacuno, recibiendo por cada una la friolera de veintidos pesos: celebro la venta!

“Yo, señor, como nada tengo que enajenar, me veo en la humillante condicion de pedir prestado.

“Son muchas las necesidades que me afligen; pero con unos cinco mil pesos por lo pronto, podré salir de apuros.

“Espero, pues, que en atencion a lo anterior, me hará la gracia de facilitarme lo que necesito.

“Esta noche iré personalmente.

“Sin mas, soy su servidor Q. B. S. M.

—D. B. (capitan del Alba)

“P. D. No tengo necesidad de recomendarle el mas estricto silencio, puesto que usted lo hará por su propia conveniencia.—V.”

—Habrás visto mayor descaro, mayor audacia! murmuró don Joselin

ballos desemboca en aquel sitio i entonces la jente huye asustada, desparverida.

No obstante, algunos que se decia valientes, aguardan i disparan sus pistolas al acaso.

Felizmente no hubo que lamentar desgracias.

La Partida del Alba provista de un valioso botin salió tranquilamente de la ciudad.

Mientras tanto, el Intendente sustituto maldecia la ausencia de los cincuenta húsares.

XIV.

Dias despues de la memorable noche en que fué asaltada i saqueada la Intendencia de San Fernando, un apuesto caballero se paseaba por los corredores de las casas de su hacienda, en Curicó.

De vez en cuando deteniéndose exclamaba: “Veintidos por ochocientos, son...son... son diez i siete mil i tantos pesos. En verdad que no he hecho nada malo el negocio.”

—Mi amo? dijo un sirviente que se acercaba en aquel instante al lugar en que se hallaba el caballero.

—Qué se ofrece? preguntó éste.

cuando hubo terminado la lectura del consabido papel; i dirigiéndose a su sirviente añadió.

—Clemente?

—Señor.

—Anda hijo a buscar al mozo.

Clemente salió nuevamente, tornando a los cinco minutos.

—¿El mozo?

—Se fué señor, no hai ni luces de él.

—Toma, Clemente, pasa la vista por ese papel.

Clemente leyó la carta como le permitia su mucho redimimiento.

—Qué te parece, hombre, has visto mayor audacia?

—Ah, señor! Si no se hubieran ido los húsares...

—Qué, hombre! interrumpió don Joselin, esos malditos húsares son la causa de lo que me sucede. Esto no es mas que una ruin venganza.

—¿I si fueran a buscarlos, señor?

—Pero, cómo, si están en la ciudad.

—No importa. Llego en seis horas a Curicó, me veo con el Gobernador... sí... si alcanzamos, ¿no dice que él vendrá de noche?

—¿I si viniese antes?

—Nada se habria perdido, porque entonces podríamos perseguirlo i quizás capturarlo.

—Pues, bien; vuela si es posible... cinco mil pesos!

Clemente montó a caballo i tomando camino de la poblacion se perdió pronto de vista.

Pero don Joselin quedaba que no cabia en las casas de su hacienda. Estaba poseido de un terror pánico, indescriptible. No se resolvía a esperar al bandolero, ni tampoco a abandonarle sus bienes.

En tan terrible alternativa pasaron sucesivamente las horas i ya los últimos lampos que aun constituian el día se apagaron por completo, luego la oscuridad se fué estendiendo paulatinamente por la tierra.

El hacendado inquieto, sobresaltado saludó, talvez como nunca hasta entonces lo habia hecho, la llegada de la noche con la antigua plegaria que todavia observan los creyentes como una santa costumbre.

En el mismo instante que se santiguaba dando fin a su oracion, tres golpes sonaron en la puerta de su pieza.

—Adelante! murmuraron sus labios mientras sus piernas experimentaban los síntomas del parálisis i sus manos comprimian los latidos de su angustiado corazon.

Dos hombres entraron.

—Dispéñseme el señor Utrich si me he tomado la libertad de incomodarlo; pero, cómo ha de ser! Tengo una apremiosa necesidad i recurro al que sé que puede servirme, dijo uno de los que entraban aproximándose a la mesa en que se apoyaba el hacendado.

—Nada tengo que perdonarle amigo, contestó don Joselin, aunque no sé si pueda servirle en el todo de lo que usted me pide.

—Eso lo veremos, repuso Diego, pues era él quien llegaba acompañado de su amigo Pedro el Godo.

El infeliz hacendado no encontró salida para aquella réplica, e indicando asiento a sus opresores, tiró del cajon de la mesa, i sacando un talego con oro lo vació en seguida sobre ella.

Los ojos de los compañeros del Alba relampaguearon a la vista del tan codiciado metal que en poco mas debia pertenecerles.

—Contad, observó el señor Utrich, al mismo tiempo que sus pupilas fluctuaban entre el dinero i la puerta del cuarto, guiadas seguramente por los deseos que se albergaban en su mente, presa talvez de una remota esperanza.

Diego principió a recoger en puñados el oro, diciendo: uno, dos, tres.....

—Cómo, así cuenta usted, mi amigo!

dijo tristemente el hacendado, que veia acercarse el desenlace de aquella funesta aventura que hubiera querido demorar el mayor tiempo posible.

—Es para abreviar, contestó el bandido, que se complacia en la angustia del miedoso Utrich, pero no tenga usted cuidado, agregó sonriendo, que no irá ni una peseta de mas.

Don Joselin prorrumpió en un suspiro en que su corazon parecia querer desprenderse de su centro natural i salirsele por la boca.

—Faltan siete onzas, dijo Diego, pero no importa, mas o ménos, i el taleguito desapareció en sus bolsillos.

Aun no terminaba de hablar el jóven bandido estas últimas palabras, cuando el tropel de muchos caballos invadió el patio de las casas, i unos enantos segundos despues, un grupo de veinte hombres armados entraba de improviso en la habitacion misma en que se hallaban.

Diego i su compañero abandonaron sus asientos.

Aquel formidable refuerzo infundió ánimos a don Joselin, pues dando un salto al centro de la pieza, exclamó alborozado:

—Ahí lo tenéis!

—Dáos presos, señores salteadores,

yo con estentórea voz uno de los recién llegados, que parecia ser el jefe de los demas.

—Qué dice el mentecato? gritó Diego; el jefe de la Partida del Alba así no mas no se rinde. I dando un fuerte puñetazo a la vela que ardia sobre la mesa, añadió: a ellos compañero!

Un instante el silencio, despues un sangriento combate siguió a la accion del bandolero: pero un combate en las tinieblas, en que tan pronto los soldados tiraban como un ¡ai! lastimero se escapaba de sus labios, porque habian sido heridos.

De la pieza aquella imprevista refriega pasó al patio.

Las detonaciones, los hachazos i los áyes que a ellos se sucedian, eran incessantes.

Clemente que habia seguido a los soldados a la puerta de la pieza en que, sin ninguna resistencia debian tomar al jefe de la Partida del Alba, segun ellos lo habian anticipado, apenas conoció que principiaba el combate, corrió a cerrar la puerta principal de las casas, creyendo por este medio impedir la fuga del intrépido salteador.

Haciendo un último esfuerzo para colocar en la puerta un seguro alabon, se encontraba el activo i previsor sir-

viente de don Joselin Utrich, cuando recibió por la espalda un tremendo bofetón que lo obligó a rodar por tierra sin sentidos. Volviendo después en sí, solo sintió el martilleo de las armas que se chocaban unas con otras i el clamor de los heridos.

—Traigan luces Emilia, Sinforosa, Pepa, corran, pronto, gritaba el señor Utrich, que conociendo que la refriega tocaba a su término, pues ya el estampido de las armas de fuego había cesado, en ese momento salía del escondite en que hasta entónces había permanecido.

Tres señoras acudieron conduciendo luces.

—Dónde está? dónde está? preguntaba el dueño de casa al jefe de los húsares, que herido en una pierna i a consecuencia de la sangre que perdía, apenas se sostenía en pie.

—Allí, allí, clamaba un soldado frotándose un brazo en que le habían asestado una cuchillada.

—Pues, si soy yo, balbuceaba otro.

—Creo que se han fugado, musitó el jefe con acento dolorido.

—Se han fugado....! Se han fugado! pues, mañana me largo para Santiago, murmuró don Joselin cruzándose de brazos.

Godo, pero mejor es pensar en que debemos escapar el pellejo, que por lo que respecta a mí, parece que siento sobre mi humilde humanidad el helado acero de esos miserables húsares.

—Pero, hombre, que bien pegado el chopazo! No recuerdo de haber brindado otro mejor en mi vida.

—Déjate de bromas i pongamos los pies en polvorosa, agregó aquel que no tenía ganas de estar alegre.

—Pues, para eso mismo te he llamado. Pero entre tanto, ¿adónde vamos? A mí nada se me ocurre por el momento.

—Por ahora no hai que pensar en nuevas escursiones. La tropa no cesará de perseguirnos; con este objeto ha venido de Santiago. Lo mejor i mas acertado será que nos des francos por unos dos o tres meses, que con nuestros ahorros tenemos para vivir durante ese tiempo como unos príncipes i sin novedad.

—Bien pensado. Id inmediatamente a reunir la compañía, i tú Juana a arrollar cuanto tengo, porque antes que alumbre el nuevo día estaremos en Talca durmiendo sin que nadie nos incomode.

—A todos los tengo reunidos, dijo

XV.

¡Já! já! já! já!....

—¿Qué tienes querido mío? preguntaba la hermosa Juana a su amante, que contemplando su caballo que se revolcaba con el estertor de la agonía, se reía a mandíbulas batientes.

—No me he de reír cuando no me olvido del sustaso de don Joselin ¡já! já! já!.... solo siento mi caballo que no ha resistido la carrera.

—¿I han herido a alguno?

—Que el diablo cargue con ellos, que en cuanto a nosotros hemos escapado sanos i salvos, gracias a Dios.

—¿I no te perseguirán?

—Claro es que sí pero no hallarán rastro, por que ántes emplumaremos. En fin, vuela a llorar al Godo.

El Godo se presentó unos segundos después.

—¿I la jente? le preguntó Diego.

—Se entretiene al paípe.

—I a tí, ¿qué te parece como tostan cobin? i el jóven al decir estas palabras, prorrumpió en una nueva pero aun mas estridente carcajada.

—Ríe cuanto quieras, murmuró el

el Godo entrando nuevamente en la habitación de Diego.

—Entónces vamos allá.

I Diego asido del brazo de Pedro el Godo llegaba un momento después al sitio en que varios grupos de bandidos esperaban entusiasmados la orden para acometer una nueva aventura.

—Todos estais aquí? preguntó Diego con interes.

—Sí, sí, respondieron muchas voces.

—Amigos, prosiguió aquél, el viaje-sito de esta noche nos ha salido mui mal, i tan mal que en dos o mas horas, si aquí nos detenemos, se nos vendrán encima i entónces será terrible la gresea.

Sí, amigos míos, el negocio marcha mui malo.

Hace tiempo a que no descansamos; ahora se nos presenta la ocasion, que por forzada que ella sea no la debemos desperdiciar.

Aprovechemos el tiempo i cada uno tome para donde mejor le acomode, por el término de cuatro meses, que os concedo de licencia.

Concluido que sea este tiempo todos correremos a reunirnos en este mismo lugar. ¿Qué os parece?

—Magnífico, bien, mui bien!

—Entónces a ensillar i buena suerte para cada uno; por que, lo repito, tenemos moros en la costa que mui pronto estarán a nuestros puertas.

Idos, pues en paz, i hasta dentro de cuatro meses.

que sí. I ¿cómo no sentir la pérdida del hombre que buscaba el bien, del gran ciudadano que perseguía con constancia, mejor dicho, con entusiasmo, —si se nos permite la espresion, el engrandecimiento del país que le vió nacer? ¿Cómo no sentir la pérdida del compatriota cuya mente estaba impregnada de ideas que debían convertirse en otras tantas dichas i glorias para Chile, cómo no sentirla?

Mui pocos eran los hijos de la República que no lamentaban la muerte de don Diego Portales.

Si Portales, durante su vida habia sido el azote i terror de los grandes i la consternacion de los pequeños, despues de su muerte, el buen réjimen de un gobierno republicano i popular, harto lo ha probado en el trascurso de los años, cuánta importancia i cuánto progreso i cuánto orden no habrían coronado la corta existencia de la República si aquel ilustre chileno hubiera vivido diez años mas.

I creyéndonos perdonados por esta pequeña digresion, volvemos a tomar el hilo de nuestro relato.

—Qué ha sucedido Diego? preguntaba nuestra amiga Juana, por qué ese abatimiento que se deja ver en todas las personas?

Entre paréntesis: aquí, debemos decir que el jefe de la Partida del Alba desde la memorable noche en que escapó, mediante su arrojo, de ser preso por los húsares del capitán Bustamante, se habia instalado en Talca i vivia tranquilamente con su mujer, porque Juana ya lo era, gracias a cierto cura de aldea, el Godo i Margarita la esposa de éste.

—Un triste suceso, segun dicen, costó Diego. Ha muerto un hombre que era nuestro mortal enemigo, quiero decir que lo fué, i que tan solo por esta razon merecia un jeneral sentimiento. El hombre que ha abandonado la vida nos hizo una guerra sin cuartel, i si por desgracia hubiéramos caído en sus manos, habríamos emprendido el viaje al otro mundo mucho antes que él. I quién sabe si el estado de quietud en que vivimos no se lo debemos a ese hombre. Sin embargo, sea de esto lo que se quiera, yo creo que el finado era un gran sujeto, puesto que repartia el bien como i cuando se le presentaba en su camino.

—I cómo se llamaba ese caballero? preguntó Juana, fijando en su marido sus ojos de un modo titilante.

—Se llamaba don Diego Portales; pero desde cuándo te muestras tan solí-

LA PENÁ DEL TALION.

I.

La expedicion a la república peruana habia fracasado.

Don Diego Portales habia sido miserablemente asesinado en el camino de Quillota, i ya no se pensó en realizar por entónces el vasto proyecto que aquel grande hombre se formára, al menos en la idea de dar a nuestros hermanos del Perú, en quienes pesaban las terribles consecuencias de un gobierno arbitrario.

Chile todo se consternó al tener noticia del prematuro cuanto desgraciado fin del hombre honrado i recto que, sin ser el jefe supremo, disponia a su antojo de las riendas de una nacion.

Los habitantes de Talca iban i venian silenciosos por sus calles. ¿Sentian acaso la muerte de Portales? Creemos

cita por saber cosas que no te importan?

—No puedo decírtelo, porque yo misma no lo sé.

—Te creo, i a propósito de esta misteriosa circunstancia, tengo que hacerte algunas revelaciones que tanto a tí como a mí nos interesan en sumo grado.

—Pero no será hoy, dijo Juana, que principiaba a sentir por la muerte de un ser que era desconocido para ella.

—Por qué? interrogó Diego.

—Porque voy al buzón a saber si ha escrito mi padre.

Juana creía que el Maicho Neira, si no era su padre, al ménos debía ser su pariente inmediato.

—Bien pensado, murmuró Diego.

Al mismo tiempo que Juana salía a la calle, su marido se dirigía apresuradamente a la habitacion de su amigo Pedro el Godo, que se encontraba a unos diez pasos de la suya.

—¡Hola, capitán! qué hai de nuevo? dijo Pedro cuando su compañero i jefe entraba taciturno en su morada.

—Vengo a participarte una noticia que será excelente para cuando reanudemus nuestras pasadas glorias.

—Cómo así?

—Ni mas ni ménos; han fusilado a don Diego Portales, i ya ves que por este lado nada tenemos que temer.

vida i arreglando en ese momento el cómo debían volver a ella.

—Qué hubo? preguntó Diego luego que vió llegar a su mujer.

—Una carta, contestó ésta, alargando a su marido la que traía.

La carta era del Maicho Neira i estaba concebida en estos terminos:

“Señor don Diego, Badilla.

“Camarada:

“Estoi de vuelta de Valparaíso, donde me hallaba con mi batallón para partir al Perú.

“Te diré que tomé parte en la refriega del Barón de que tendrás noticias, i que hice algo puesto que mi jefe me recomendó mucho después.

“No sé si cuando se arreglen las cosas nos emplumen al Perú; pero si sé, que he visto a tu padre, i, quien lo creyera... era mi jefe! ¡Ah, qué bueno es!

“Ahora estamos licenciado hasta que el Gobierno tenga por conveniente llamarnos nuevamente al servicio.

“Este incidente de mi vida me ha proporcionado el medio de cumplir con tu encargo, aunque sea a medias.

“He seguido todos los pasos de tu padre i hasta ahora no he podido averiguar nada acerca de lo que pasó en tu casa, como me lo pedistes.

“Sin embargo, pongo i pondré siem-

—Lo han fusilado! ¿i quién lo ha fusilado? preguntó el Godo dando un salto de su asiento.

—Quién? Los mismos suyos que se rebelaron.

—¿Cómo has sabido todo eso.

Sal a la calle i verás si miento al asegurarte que hoy, por hoy, solamente reina la tristeza.

—Por Satan! que lo siento i me alegro, murmuró el Godo ocupando nuevamente su asiento.

—¿Qué te parece, no crees que sacaremos partido de la muerte del omnipotente cuanto terrible ministro?

—Oh! eso mismo iba a decirte, porque ahora se nos presenta la ocasión de realizar nuestros pensamientos.

—I tendremos mucha justicia; estoi sin un real.

—¿Cómo podría ser de otro modo, si habe mas de un año a que estamos ociosos i comiendo por veinte lo que poseíamos.

—Luego sabremos a qué atenernos.

II.

Juana entró en el aposento en que se hallaban los dos compañeros del Alba, haciendo recuerdos de su pasada

pre todo empeño por llegar a complacerte.

“Volviendo a otra cosa. ¡Hicisteis muy bien en dispersaros, que si así no lo haces, quién sabe....!

“Aprovecho esta primera ocasión para saludarte a tí i a mi querida hija Juana i suplicarte me hagas presente a los demás compañeros, si es que los veas.

“Escrito lo anterior, sé que tu padre se ha largado para el sur.

“Tu amigo.—Martín N.”

Las facciones de Diego a medida que avanzaba en la lectura de la carta tomaban un tinte amarillento.

—¿Qué dice el compañero? preguntó el Godo que tenía sus ojos fijos en el semblante de su amigo.

—Cosas muy graves, gravísimas.

—Pero ¿qué dice? interrogó Juana.

—Mi padre se ha largado para el sur.

—¿Qué hai con eso?

—Lo que hai es que tendremos que abandonarle el campo.

—Tanto mejor, observó el Godo; porque entonces no nos queda otro refugio que el antiguo.

—Es un hecho que mi padre me busca, interrumpió Diego, cuyo semblante habia cobrado una espresión de

rubicundez que formaba contraste con su estado anterior.

—Pues, señor, nos iremos a otra parte, exclamó Juana, imprimiendo sus manos sobre el hombro derecho de su marido.

—Yo estoy pronto para cuando guste el capitán, añadió el Godo, en el instante que dejaba su cómoda posición i tomaba campo en la habitación.

—En ese caso, murmuró Diego, ahora mismo partiremos para los cerrillos.

—A las mismas de antes? preguntó Juana.

—A las mismas, por supuesto; no nos queda otro refugio en las circunstancias pecuniarias porque atravesamos.

—Qué se ha de hacer, balbuceó aquella, que se cumpla la voluntad de Dios!

III.

Los dos compañeros del Alba aguardaron que fuese entrada la noche para emprender la marcha en dirección de los cerrillos de Temp.

A la hora convenida cada uno cabalgaba llevando a la grupa su respectiva mujer.

—I cómo vas a iniciar esta nueva vida? preguntó a su esposo la morena Juana.

—Qué iniciar! replicó Diego, haremos lo mismo que antes i santas pasacas. Por lo pronto nos agregaremos a una de tantas gavillas de medrosos pirquineros que pululan por los montes; luego formaremos una partida bien respetable i nos encontraremos como en nuestros mejores tiempos.

—Pero, no te espongas.....

—Nada de eso, ahora mi primer pensamiento será fundado en el ahorro, i una vez que hayamos reunido algun dinero emplumaremos a la República Argentina i seremos felices.

—Ah, Diego mío, qué cara nos cuesta esa felicidad!

—Qué le hemos de hacer; no tenemos otros medios de subsistencia, dijo aquel encojiéndose de hombros.

—I vosotros, ¿dónde nos quedaremos cuando vosotros salgais?

—En cualquiera parte, en el monte si fuere necesario.

—Horror! me causa tu resolución; porque no sé qué presentimientos me asaltan de que mui breves días nos quedan para estar juntos! exclamó Juana recojiendo en su pañuelo las abundantes lágrimas que se desprendían de sus ojos.

Diego ante la demostración de profunda tristeza de su mujer, también se

creyó triste. Nunca en el tiempo que estaba ausente de la casa de su padre había tenido un solo motivo de pesar; no obstante, su mujer al presentirle fatales resultados en las empresas que iba a cometer, le comunicó un no sé qué de miedo que le obligó a meditar.

—Escúchame, Juana: dijo después de un largo rato de silencio, no olvides lo que voy a decirte, porque puede servirnos mas tarde. Tú has vivido hasta el presente sin conocer otro padre que el que fué tu raptor.

—El, mi raptor!

—Sí, tu robador, mejor dicho, porque te sacó del lado de tus padres válido de medios que no me es lícito mencionar. Lo cierto es que el autor de tus días es don Ricardo Valdivia, hombre mui rico, de mucho prestigio i valimiento. Hace dos años a que manda en Colchagua, primero en calidad de interino i luego en propiedad. Porque has de saber que era pariente cercano del finado señor Portales; i fué por esta razón que te anuncié hace poco, quería hacerte algunas revelaciones.

—I si mi padre es tan rico como dices, ¿por qué no nos presentamos a él i se lo contamos todo?

—Ah, si eso fuera posible! Nó, no es posible, no debemos pensar en eso.

—I qué debemos hacer entonces?

—Aguardar a que el tiempo todo lo arregle. I para que tal cosa suceda, es preciso que sepas todavía lo que mas nos importa.

En una cajita que encierro en mi maleta i que nadie ha visto, se halla un vestido de mujer i un relicario de oro; esas prendas son tuyas, pues con ellas fuistes robada; i quién sabe de cuanto nos servirán mas tarde!

Juana no articuló ni una frase después de esta nueva revelación; se arrellenó sobre la grupa del caballo i como su marido se entregó a una triste meditación.

La noche era oscura i los caminantes perdían el sendero a cada instante.

—Mejor será que nos alojemos, observó el Godo que precedía la marcha.

—Es lo mas acertado, dijo su compañero, i ambos desmontaron con sus mujeres a pasar el resto de la noche al abrigo del ramaje de un corpulento roble.

Luego las esposas, libres de los pensamientos que ocupaban la mente de sus maridos, roncaban como si sus huesos descansaran sobre plumas, mientras ellos, aprovechaban igual tiempo discurriendo acerca de los planes que debían guiarlos en las nuevas escursiones que en breve debían emprender.

IV.

Así como Talca i demás ciudades i pueblos del sur, San Fernando se hallaba consternado por el funesto suceso del Barón.

La muerte de don Diego Portales habia llevado el sentimiento a todos los corazones.

Las familias reunidas noche i día comentaban a su modo las distintas versiones que se hacian de aquel infausto acontecimiento.

La iglesia tambien parecia tomar parte en el duelo común. Las campanas de la parroquia de San Fernando, con sus descompasados sonos, llamaban a los devotos feligreses a formular una plegaria por la paz i concordia de los hombres.

Empero, nadie acudía al santo llamamiento.

Todo era soledad i tristeza en la ciudad.

Solamente los soldados del Rejimiento de Húsares enviados de Santiago en persecucion de los bandidos del Alba charlaban i reian en la plaza.

—Pero, hombre, decía uno, bueno el gaucha del Alba; imposible que haya otro hombre que se atreva a tanto.

—I tan jóven! añadía un segundo.

—I lo vistes bien esa noche? interrogaba un tercero.

—Tan bien, replicó aquel, que lo sacaría de entre cien de los suyos.

—Digo lo mismo, observó el que primeramente habló.

—Pues.....mirad.....mirad.....allí, allí..... junto a la capilla.

—Qué?

—Qué!

—No veis esos hombres?

—I bien?

—Si son los mismos de la hacienda del señor Utrich.

—I qué tenemos que ver nosotros?

El soldado no contestó: habia visto a Diego i el Godo que con medrosos pasos se dirijian a la iglesia i su primer pensamiento fué noticiarlo a su jefe.

Diego Badilla i Pedro el Godo, que efectivamente ellos eran, caminaban silenciosos en direccion de la casa habitacion del señor Cura de San Fernando, a quien, dicho sea de paso, pensaban trasquilár aquella noche, sin preocuparse de la terrible circunstancia de ser reconocidos. Las mujeres habian quedado en los suburbios de la poblacion, esperando que ellos diesen la vuelta en dos horas, cuando mas, así lo aseguró Diego, pues que pensaba en esta

ocasion poner a prueba la máxima de su amigo Neira, que dice así: "Prudencia en el combate i hacer todo lo posible porque éste no demande mucho tiempo."

Sin recordar la presencia de los soldados, sus mortales enemigos, los dos bandidos, entraron en la casa del señor Cura, i dirijiéndose acto continuo a la morada de éste, se metieron en ella de improviso.

El sacerdote escribía en aquel momento, i al sentir que la puerta se abría de un modo hasta entonces desconocido, fijando en ella sus ojos, exclamó:

—Caballeros, así no se entra en el santuario del señor Cura de esta parroquia.

—Disculpe, por ahora, el señor Cura, el atrevimiento, dijo Diego, mientras el Godo entornando la puerta la atrancaba precipitadamente.

El párroco que notó esta circunstancia, enderezándose sobre su asiento, con irónico acento preguntó:

—¿Qué es eso? Qué pretenden ustedes, caballeros?

—Nada, nada su reverencia; es que yo soi el antiguo capitán de la Partida del Alba que vengo a incomodar a su reverencia por unos mil pesos. ¿No es

mucho para quien tanto merece, no es verdad?

—Vos del Alba! Jesus, María! Jesus María....!!

—I a don José, por qué no lo invoca su reverencia? interrumpió el Godo tratando de impedir los gritos del asustado sacerdote.

—Vamos, la platita, lijerito, dijo Diego.

—Pero señóros, caballeros, amigos....

—No, haya peros; el dinero i san se acabó.

El santo párroco no respiraba, se creía en las garras del León que se aprestaba para devorarlo.

Pero, por obra de uno de los santos milagros que refiere la leyenda, en aquel momento de suprema angustia para el Ministro de la Iglesia, se siente correr un grupo de hombres, i, ántes que los oídos de los compañeros del Alba pudieran darles cuenta de lo que sucedía, la puerta cediendo a un impulso mayor, se abrió con grande estruendo, dejando ver en su claro una muralla de cincuenta hombres.

Diego habia sido sorprendido i no sabia qué partido tomar, sus ojos revolvián por los cuatro ángulos de la pieza sin encontrar un punto de salvacion.

—No tenga usted cuidado, señor ca-

pitán de bandidos, gritó entusiasmado de contento el jefe de los húsares. Ahora rendíos señoritos sino queréis morir antes de tiempo.

Diego miró a su compañero i dijo inmediatamente con espresion de coraje:

—Somos tus prisioneros, dispon de nuestra mala suerte como quieras.

V.

Juana i Margarita esperaban impacientes la vuelta de sus maridos.

Habian trascurrido tres o cuatro horas mas del plazo que ellos fijaron de ausencia, i al no regresar, talvez les habia acontecido una desgracia.

Principiaba a aclarar el nuevo día i algunos labradores se veian salir de la ciudad a sus faenas del campo.

Poseidas de un justo sobresalto las dos jóvenes siguieron a un grupo de estos últimos, i a poco andar oyeron claramente que uno de ellos decia:

—Al fin i al cabo la habian de pagar.

—I no hizo resistencia? preguntaba otro.

—Nada de eso! cómo se iba a hacer fuerte con cincuenta soldados i tan bien armados?

--Aunque hubiera sido un Sanson,

—Ni Fierabrás en persona.

Juana no necesitó oír mas.

Estaba segura de que su marido habia sido preso, tambien de que no viviria mucho tiempo, segun como hasta entonces la justicia se habia conducido con los bandidos que caian en sus manos.

Ella tenia tanto mas temor de que Diego fuese tratado con todo el rigor de la lei, cuanto que él era el jefe reconocido de los asesinos del Alba.

Así, meditando acerca de la desgracia que en aquel momento pesaba sobre su esposo, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío! si pudiera salvarlo.....

VI.

El Intendente de Colchagua se hallaba sentado frente de su escritorio, concluyendo de dictar las órdenes necesarias para que los dos saltadores, tomados infraganti por los húsares en la noche anterior, fuesen ahorcados en la plaza pública a las siete de la mañana siguiente.

El magistrado tenia a la vista una nota del poder supremo que lo autorizaba a pronunciar sentencia contra el

malhechor que fuese capturado dentro de los límites del territorio de su mando, i por consiguiente, no concebía ningún escrúpulo para ordenar los preparativos de la ejecucion.

De pronto el ordenanza de la Intendencia entró en la sala del despacho.

—Qué decia mi amigo? le preguntó con sorna el magistrado, cesando de escribir.

—Una señorita, dijo aquel, busca a su señoría.

—Hágale saber Ud. que por hoy no estoy visible.

—Ya se lo he hecho presente, pero ha insistido en que le urje ver a su señoría.

—Hágala Ud. entrar; veamos, pues, qué quiere.

Una mujer, en traje de iglesia, al parecer bastante joven, se halló un momento despues en presencia del jefe de la edilidad de Colchagua.

—A quién busca Ud., señorita? la preguntó éste.

—Busco a mi padre, señor, dijo la recién llegada en tono balbuciente.

—I quién es el padre de Ud.?

—No lo sé, señor; pero si Ud. me dá permiso creo que llegaré a saberlo.

—Obre Ud. señorita, murmuró el Intendente que desde que veía a aque-

lla niña sentia que su corazón latia con mas violencia.

La joven no aguardó una nueva observacion de su honorable interlocutor, i desprendiéndose del negro ropaje que la cubria, quedó con un vestido que apenas le llegaba a las rodillas, i un hermoso relicario le brillaba en el pecho. Despues volviéndose al magistrado le dijo:

—Me conoce Ud., señor?

—Aun no sé con quien hablo.

—Pues no recuerda Ud. estas prendas?

—No, no las recuerdo, murmuró el Intendente levantándose de su comfortable.

—Ni tampoco recuerda Ud. a su hija Juana, robada de la hacienda de Pichinco?

—Ah! ah! ¿Eres tú? gritó en el colmo de su alegría don Ricardo Valdivia, i en el mismo instante estrechaba a la hija única que tantas lágrimas le habia hecho derramar.

—Hija mía, hija mía! le decia, ¿cómo es esto? de dónde vienes? En dónde has estado tanto tiempo, tantos años? Dime, dime, hija mía.

I aquel cariñoso padre lleno de besos i abrazos a la hija querida que tantos sinsabores le costara.

—Me pregunta Ud., padre mio, dónde he estado, dijo Juana enjugándose el rocío que empapaba las pestañas de sus ojos i luego dirijiendo al autor de sus días una mirada liltante, agregó: sí, quiero decirle a Ud., padre mio, todo, todo; pero antes le suplico me conceda una gracia que pende de su excelente voluntad!

—Pide lo que quieras, hija mia, contestó don Ricardo atrayendo hácia sí a su idolatrada hija, que por su parte envolvía entusiasmada con sus torneados brazos el cuello del que principiaba a conocer por su amado padre.

—Voi a contarle a Ud. en breves palabras la historia de mi ausencia, quiero decirle la historia de los diez años que no he estado a su lado; i Juana refirió a su padre todo cuanto Diego le habia hecho saber, como asimismo el trato que habia recibido de los bandidos durante su larga permanencia entre ellos, concluyendo con su enlace con el capitán para el cual imploraba gracia.

—Pero ¿es verdad hija mia, todo lo que me has referido? preguntó don Ricardo Valdivia lleno de admiración.

—Como Ud. lo ha oído padre mio.

—Entonces tu marido continuaba en esa infame vida?

—La necesidad, padre mio, era la que lo impulsaba a ello.

—I en el caso presente, ¿qué puedo hacer yo por él?

—Ah, señor! El fué quien libró a Ud. de la muerte la noche que asaltaron esta Intendencia.

—El fué! Bonito mozo; pero ¿qué puedo hacer o qué haremos para salvarlo?

—Yo lo enseñaré a Ud., señor: deme Ud. permiso para verme con los reos sin que nadie sepa que soi hija de Ud. i lo demás queda de mi cuenta.

—Hija mia, haz lo que quieras.

—Pues entonces, deme Ud. una orden, padre mio.

Don Ricardo Valdivia estendió precipitadamente una orden para que se permitiera a la portadora entrar libremente en el calabozo de los incomunicados.

Juana seguía con su mirada el movimiento de la pluma i apenas vió terminada la orden solicitada se apoderó de ella, i saliendo a la calle, dijo a su padre:

—Luego vuelvo, padre mio.

—Que sea así, fué la respuesta del Magistrado.

El alcaide de la cárcel no tuvo inconveniente en dejar entrar a Juana

en el calabozo de los bandidos i él mismo, usando un tanto de galantería, la condujo donde ellos estaban.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? le preguntó Diego lleno de asombro.

—Me he visto con mi padre; pero dejémonos de preguntas! Aquí tienes tu llave de virtud para las puertas; yo pediré a mi padre que esta noche con algun pretexto se lleve los soldados de la guardia, por manera que si no os dejan mas que uno, para vosotros será nada.

Con qué, confianza en el porvenir i no desperdiciar esta ocasión.

—Pero dime, repuso Diego ¿cómo has visto a tu padre?

—No me preguntes eso: sabe que he sido reconocida por él i que me ha concedido la libertad de Udes., a precio de que huyan lejos, mui lejos, donde no le puedan comprometer.

—Entonces...

—Entonces, adios! I Juana se precipitó en brazos de su marido, que con efusion la estrechó contra su corazón. Despues un doble beso resonó en el calabozo: era el último ósculo de amor de dos almas que no se iban a ver mas en la tierra!

VII.

Al día siguiente, masas compactas del pueblo se apiñaban en torno de las puertas de la cárcel de San Fernando.

El populacho siempre ávido de espectáculos, por mas repugnantes que estos sean, esperaba impaciente que fuesen sacados al suplicio los dos salteadores para quienes se habian alzado las correspondientes horcas en un ángulo de la plaza.

I tanto mas la jente del bajo pueblo, es decir, aquellos infelices desheredados de la educación, se agitaba por ver consumar un castigo que, si en aquella época sentaba bien a los principios de la mayor parte de los hombres, hoy ya es reprobado por toda la humanidad, cuanto que los que espiaban de aquel modo sus crímenes no eran reos vulgares. Mui al contrario: los dos compañeros del Alba, bastante conocidos por sus hechos vandálicos, eran reputados como los mas valientes salteadores que jamas se habian presentado en los campos.

Solo la captura del capitán de la partida del Alba habia excitado los ánimos; todos querian conocer aquel terrible personaje; de todos los ámbitos de la

provincia de Colchagua acudian a San Fernando hombres i mujeres, atraídos por un mismo deseo, el de ver morir a dos valientes.

—¿Qué hai, pues, a qué hora los sacan? gritaban varios *rotos*.

—Si se fugaron, dijo un hombre que hasta ese momento habia permanecido reclinado i silencioso sobre el alféizar de una ventana, i que era el alcaide de la cárcel, don Roberto Paz.

—Se escaparon! ¿i cómo? preguntaron muchas voces.

—Forzaron las puertas i han dejado por muerto al centinela que los custodiaba.

—Es decir que irán mui léjos?

—Qué se yo; si cuando me levantaba a abrir la verja al señor cura que venia a catequizarlos, me encuentro con que Darío, el guardián, estaba tendido sobre un charco de su propia sangre, i los facinerosos aprovechando de la ausencia del resto de la tropa, que a la sazón se ocupaba de apagar el incendio que tuvo lugar en la Intendencia, tomaron las de Villadiago.

Esta suscita pero precisa esplicacion del administrador de la cárcel, promovió un aplauso entre el populacho que, aunque perdía la ocasion, poco frecuente, de ver dos hombres colgados,

algunas leguas entre la muerte i nuestras humildes personas, i ya veremos como nos arreglamos para que se nos incorporen. Pero ¿qué necesidad tienen ellas estando Juana al lado de su padre?

—I volviendo a nosotros, ¿qué haremos en el entretanto? preguntó el Godo.

—Nos juntaremos a los Corrales i al Chunchu que supongo estarán actualmente en la Angostura. Unidos a ellos tendremos de sobra con que vivir.

I despues de este corto diálogo los dos fujitivos pusieron nuevamente sus caballos al galope.

En mui pocas horas mas llegaban a la Angostura de Santiago, i, como ellos lo esperaban, se reunian a sus antiguos camaradas, que por su parte se creyeron mui contentos, pues engrosaban sus reducidas filas con hombres de tanta recomendacion como lo eran su jefe i compañero.

—Qué se habia hecho el capitán? preguntaba el Chunchu poseído de un justo alborozo.

—Estábamos esperando mejores tiempos, observó el Godo cuidándose de revelar la verdadera causa que allí los conducia.

—I se hace algo por aquí? interrogó Diego.

no por eso admiraba ménos el valor audaz de los prófugos.

VIII.

Mientras lo anterior tenia lugar en el recinto de la estensa plaza de la ciudad de San Fernando, Diego i su amigo el Godo, sin cesar de aguijonear las cabalgaduras, corrian por entre el monte, siguiendo el rumbo de la capital.

—Ya es tiempo de que mudamos el paso, capitán, dijo el Godo conteniendo los brios de su corcel.

—Tienes razon, dijo Diego, imitando la accion de su compañero.

—Aquí ya no tenemos por qué temer, agregó el Godo restregándose los ojos como para librarlos de la capa de polvo que los invadia.

—No solo eso, sino que a mí me vendrá a las mil maravillas, respondiéndole Diego, porque estoi con las tripas como un órgano i ya se me hacia preciso mastincar algo, i acto continuo llevó a sus dientes una buena lonja de charqui.

—Despues de esta milagrosa librada, añadió el Godo igualando en la accion a su amigo, para qué nos acordamos de nuestras mujeres.

—Porsupuesto. Primero pongamos

—Marcha mui mal el negocio. Desde hace ocho dias que en este punto nos hallamos acampados, aun no se nos ha presentado la ocasion de medrar. Todas las personas que han pasado no merecen la pena de fijarse en ellas.

—Ahora que yo estoi con ustedes, murmuró Diego, no sucederá lo mismo. El adagio dice que “por poco debe el hombre principiar”, i yo consecuentemente con esta verdad, prometo ejercer mi oficio en el primer ser viviente que tenga la ocurrencia de atravesar estas soledades, aun cuando éste fuera un mendigo.

IX.

—Con qué nada de notable, dijo el Godo, se presenta por estos mundos?

—Nada, nada, absolutamente, contestó uno de los hermanos Corrales.

—Variemos entónces de posicion, observó Diego. Demos una vuelta i apostados en el Cerro Negro podremos con mas libertad dominar las dos avenidas del camino.

Tres dias despues del de la llegada a la Angostura del jefe de la Partida del Alba, los bandidos que se encontraban en el Cerro Negro solamente veian que la impaciencia era el único huésped

que se les presentaba. Ya el hastío principiaba a minar sus esperanzas de que incautos viajeros viniesen a su encuentro. El sol salía a alumbrar los dilatados campos tomaba a ocultarse sin que una alma se divisara en toda la redondez.

—Quieres asomarte, dijo Diego al Chunchu, que como en otro tiempo comenzaba a ser su diligente espía.

El Chunchu no se hizo repetir la advertencia i repechando el montecito que les servía de madriguera, se encorrió un momento después sobre su cima. Apenas estuvo allí, tendió su vista por la longitud de las dos avenidas del camino. Después de haber permanecido largo rato mirando al norte i sur alternativamente, descendió rápido a juntarse con sus camaradas.

—Amigos, les dijo cuando se halló entre ellos, apronten los caballos por que a lo lejos se divisa una polvareda que precisamente debe tener su origen.

Sin formular comentarios sobre aquella observación del Chunchu, los cinco bandidos, incluso éste, subieron precipitadamente a la cumbre, i sin gran trabajo distinguieron un punto blanco en el horizonte, el cual progresivamente fué adquiriendo proporciones hasta convertirse en un hombre que, solo i

llero, quien ajeno del terrible lance que le preparaban, avanzaba descuidadamente por el camino de Santiago.

Apénas hubo enfrentado al punto en que se hallaban los bandidos, éstos montaron i acomodándose sobre sus caballos, se dejaron caer a la vía pública en pos de su presa, que a lo mas les llevaba unas cien varas de ventaja.

Guardando esa misma distancia i después acortándola paulatinamente, recorrieron una legua calculada.

Por fin, el viajero, notando que alguien le seguía, detuvo su cabalgadura, i sin inmutarse, volvió hacia los que tras él galopaban.

Aquella súbita parada no admiró a los bandoleros.

—Se ha cortado, dijo el Godo.

—Tanto mejor, dijo el Chunchu, ahorraremos trabajo.

—Adelante! exclamó Diego, que como el Godo, creía que su víctima era presa del miedo; pero con gran sorpresa suya oyó la fuerte i sonora voz del caballero que en aquel momento les decía:

—Señores, o pasan Udes. o dejan de seguirme, porque nunca me ha gustado que me guarden las espaldas.

—Piensa en entregarnos cuanto llevas contigo si deseas, salvar la vida,

caballero en un arrogante corcel, galopaba tranquilamente por el camino que conduce a la capital.

A medida que el caminante se acercaba, los bandidos iban viendo en él mas objetos que atraían su codicia. Montaba un hermoso caballo mulato, cubierto por completo de un elegante herraje de plata, cuyo valor intrínseco los compañeros del Alba apreciaron desde luego. Pero nada había comparable al costosísimo *Chamanto*, sombrero i espuelas que llevaba sobre su persona.

En el entretanto, el incauto viajero entraba al galope en el trayecto de la Angostura, i los saltadores sentían un contento indescriptible; pues aquel caballero era una excelente presa que al fin se dignaba enviarles la buena ventura.

—El caballo es para mí, dijo Diego restregándose las manos.

—El bocado es mío, añadió el Godo.

—Yo tomo las estriberas, agregó uno de los Corrales.

—I a mí, ¿quién me disputa las espuelas? preguntó el Chunchu entusiasmado.

I aquellos cinco facinerosos se hicieron de antemano el reparto de los objetos que constituían el ajuar del caba-

replicó Diego, sacando en apoyo de sus palabras el afilado machete que ocultaba en el arzon de su montura i que fué la señal para que sus cuatro compañeros mostrasen otras tantas armas.

—¿Qué?, preguntó con arrogancia el caminante.

—Entrégnanos todo i te dejaremos libre, contestó el capitán Badilla picando su cabalgadura.

—I qué les ha costado algun oclavo a Udes.? gritó el desconocido creciendo en coraje, i acompañó sus palabras desnudando una ancha daga, al mismo tiempo que su caballo bailaba sobre sus cuatro patas, como si quisiera corresponder a los deseos de su amo.

Acto continuo, aquella parte del camino fué el teatro escogido para un descomunal combate; porque, aunque eran cinco hombres bien armados los que atacaban a uno solo, el valor, intrepidez i destreza de éste, parecían superar la desigualdad del número.

Mui pronto el Godo, apartándose del sitio de la pelea, abandonaba los estribos i caía en tierra para no levantarse mas. Pobre desgraciado, que caballero en sus principios, venía a morir en un país del cual era extranjero como un miserable asesino!

El ataque de defensa no lo conocían

en aquel momento los cuatro bandoleros que hacían frente. Todos en un mismo instante caían de consuno sobre el caminante; pero el caballo de éste era un prodigio: era una centella que su inmutable jinete dirigía con maravilloso acierto!

Los dos hermanos Corrales, diestrisimos en esta clase de luchas, intentaron estrecharlo, i aquel solo intento les costó la pérdida de su mísera existencia: la daga del caballero los arrojó sin vida sobre el polvo, uno inmediatamente despues del otro. I sin perder la ventaja que este doble triunfo le proporcionaba, arremetió con el Chunchu, con tal arrojó i presteza, que el infeliz apenas tuvo el tiempo suficiente para cerrar los ojos i recibió la cuchillada del desconocido que, cual si fuera un débil pajarillo, lo obligó a emprender el vuelo de la montura. Fortuna grande del bandido fué que saliera bien parado de aquel terrible mandoble, pues solamente le ocasionó un ligero rasguño, que el prudente Chunchu supo aprovechar apareciendo ante su enemigo como si fuera un difunto.

Diego quedaba de hombre a hombre con aquel valiente.

El asalto se habia reducido a una singular batalla.

Sus caballos se estrellaban, sus armas despedían fuego; pero ellos incansables lidiadores, según la destreza con que paraban los golpes que mutuamente se asestaban, no desistían de su primer pensamiento al entrar en combate. El uno, que veía por el suelo, convertidos en cadáveres los cuerpos de sus camaradas, no desmayaba i hacía esfuerzos que podrian calificarse de portentosos, para acabar con su enemigo; mas, el otro, estaba tambien resuelto a terminar con su último asaltante, como habia concluido con sus cuatro compañeros.

En tal situación los combatientes parecían desplegar mayor denuedo i encarnizamiento.

Pero, testennado por la fatiga el caballo del bandolero, manifestó ceder; su contrario que advirtió esta circunstancia, deslizándose con una rapidez vertiginosa, volvió inmediatamente contra su enemigo, cayendo sobre él con la velocidad del rayo. El resultado de este tremendo choque fué funesto para Diego; su caballo rodó sin vida por tierra i, él mismo, al querer desprenderse de la montura para tornar al ataque, cayó nuevamente al suelo con la cabeza partida por un feroz hachazo de su venturoso antagonista.

El infortunado jóven al sentirse herido llevó las manos a su cabeza, como si tratase de remediar el daño que le habia causado la terrible daga de su vencedor. Miró en seguida a su contrario, i luego cerrando los ojos con febril exaltacion, exclamó en medio de las convulsiones de la agonía que le sobrevino: "Dios mio!... Dios mio!... era... mi... pa... dre...!"

El desconocido caballero alcanzó a percibir los últimos monosílabos que la incoherente voz del bandolero habia modulado, i acto continuo, desmontándose con lijereza, corrió a levantar su cuerpo; pero sus manos tocaron un cadáver!

No obstante, le separó las vestiduras que le cubrian el pecho, i en el mismo instante, bamboleando como si hubiera perdido la gravedad de su equilibrio, se llevó el pañuelo a los ojos prorrumpiendo con suprema melancolía: "Se ha cumplido la terrible sentencia: *El que a hierro mata a hierro muere!*"

CONCLUSION.

Algunos meses despues, Juana i Margarita, habiendo sabido por don Ricardo Valdivia el desgraciado fin de sus maridos, los lloraban sin consuelo.

El Chunchu, a quien hemos visto hacerse el muerto en el Cerro Negro, curado de su pequeña herida, se ocupaba de buscar por todas partes, para admirarlo, al hombre valiente que les habia puesto las peras a cuatro a sus infortunados compañeros i a él mismo.

Pero don Pedro Badilla no habia resistido al último golpe de su desgracia i habia enajenado todos sus bienes para repartir su valor entre los pobres i las necesidades de un convento de Santiago, donde se soterró para no salir nunca.